TIEMPOS DE TORMENTA

LA GEOPOLÍTICA Y LA IGLESIA

OSVALDO REBOLLEDA

TIEMPOS DE TORMENTA

LA GEOPOLÍTICA Y LA IGLESIA

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.
No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.
Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.
Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.
Edición general: **EGE**
Revisión literaria: **Autores argentinos**
Revisión solo ortográfica: **IA**
Diseño de portada: **EGEAD**
Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción……5

Capítulo uno:

La geopolítica actual…….11

Capítulo dos:

Tormentas muy peligrosas……26

Capítulo tres:

Un tablero global en movimiento…….46

Capítulo cuatro:

Tormentas del sistema social……62

Capítulo cinco:

El sistema y la globalización…….79

Capítulo seis:

El Nuevo Orden Mundial y el anticristo……..97

Capítulo siete:

La Iglesia en medio de la Tormenta……...113

Conclusión Final.....126

Reconocimientos……..131

Sobre el autor……...133

INTRODUCCIÓN

"No saben, no entienden, Andan en tinieblas;
Tiemblan todos los cimientos de la tierra".
Salmo 82:5

Si consideramos los brutales cambios que se han producido en el mundo en las últimas décadas, podemos concluir sin equivocarnos que estamos viviendo en la generación más compleja de los últimos siglos. Las naciones están temblando, los gobiernos se sacuden, las alianzas internacionales se redefinen y los acontecimientos globales avanzan con una rapidez alarmante.

Guerras, crisis económicas, desestabilización institucional, decadencia moral, autoritarismo tecnológico y control ideológico son parte de un nuevo panorama que se instala sin pedir permiso. Lo que antes era impensado, ahora es cotidiano. Lo que ayer era estable, hoy se sacude con violencia. Sin embargo, lamentablemente, parece que la mayoría de los seres humanos están bajo el poder hipnótico de un sistema tan engañoso como perverso.

Como ministro de Jesucristo y observador espiritual de los tiempos que vivimos, no puedo ignorar la gravedad del momento que atravesamos. He sentido en mi espíritu una creciente inquietud, una carga que me impulsa a escribir y

enseñar con claridad sobre un tema que, tristemente, ha sido relegado por gran parte del liderazgo cristiano: la relación entre la geopolítica y la vida de la Iglesia.

La mayoría de los pastores y líderes espirituales con los que converso, están absorbidos por los desafíos internos de sus congregaciones, y bajo ningún punto de vista los estoy juzgando: demasiadas cargas tienen con atender a la gente en este tiempo tan especial. Lo menciono porque es necesario que, más allá de toda actividad interna, todos los ministros prestemos atención a lo que está ocurriendo en el mundo.

Suelo encontrarme con pastores que me dicen: "Yo no escucho noticias ni miro informativos, no me interesa, están todos los días con lo mismo… no quiero perder el tiempo". Yo los entiendo. Pero en estos momentos tan especiales, como comunicadores del evangelio y como líderes espirituales de la Iglesia actual, debemos formar a la gente no solamente bíblicamente, sino también espiritualmente sabios, para que puedan gestionar una vida efectiva de Reino, con una postura clara respecto a lo que está aconteciendo y lo que vendrá sobre el mundo.

Preocupados por resolver conflictos entre miembros, equilibrar presupuestos, sostener reuniones, organizar eventos y atender necesidades locales, muchos pastores no tienen tiempo para indagar en situaciones globales, ni para escudriñar las Escrituras en busca de comprensión sobre los movimientos escatológicos que se avecinan. No niego ni desconozco el valor del trabajo pastoral; es vital ejercerlo con

dedicación. Pero mientras lo hacemos, muchos permanecen ajenos a los profundos cambios que se están gestando a nivel global y que, inevitablemente, afectarán a la Iglesia.

Los ministros de esta generación tan convulsionada no debemos vivir desconectados de los escenarios globales. Debemos localizar fuentes confiables y observarlas con discernimiento espiritual, porque los sucesos internacionales son fundamentales en relación con el Reino de Dios y con la gestión de la Iglesia en el mundo.

El contexto actual exige más que una fe devocional. Necesitamos una fe informada, valiente, estratégica y revelada. Necesitamos levantar pastores y creyentes que entiendan lo que está ocurriendo en el plano visible e invisible. Porque la geopolítica no es solo un asunto de relaciones entre Estados. En su trasfondo más profundo, revela la lucha entre reinos: el Reino de Dios y los sistemas del mundo. Y esta lucha está alcanzando niveles proféticos de gran confrontación.

Este libro nace de la convicción de que la Iglesia debe despertar. No para involucrarse partidariamente en política, sino para reconocer que las decisiones que se toman en los foros internacionales, en las cumbres económicas, en los tratados globales y en las instituciones transnacionales tienen una implicancia espiritual directa.

Detrás de perversas agendas globalistas, ideológicas y económicas, se esconde una ingeniería cultural que busca

debilitar a la familia, silenciar la verdad, redefinir la moral y aislar a la Iglesia. Esta ingeniería no es casual. Está inspirada por una arquitectura espiritual de iniquidad, anticipada en las Escrituras y alimentada por el espíritu del anticristo.

Por eso, el propósito de este libro no es político, sino profético y pedagógico. Deseo ayudarlos a comprender cómo se mueve el tablero mundial y qué consecuencias tiene esto para el pueblo de Dios. Quiero ofrecerles herramientas de análisis, fundamentos bíblicos, interpretaciones espirituales y una lectura crítica de los eventos actuales, para que podamos formar a nuestras congregaciones, hablar con autoridad, orar con dirección y actuar con discernimiento.

La Palabra de Dios nunca separó la espiritualidad del escenario histórico. Moisés confrontó al faraón de Egipto, el país más poderoso de su tiempo. Elías desafió a Acab y a Jezabel. Daniel interpretó sueños en los palacios de Nabucodonosor, otro rey poderoso en su época. Isaías habló a reyes y gobiernos, al igual que los demás profetas. Estos hombres no estaban jugando a cantar y predicar en placenteras reuniones dominicales.

Pablo argumentó con filósofos y fue oído por gobernadores y emperadores. La Iglesia primitiva creció en medio de un Imperio, no aislada de él. Y los tiempos actuales exigen una respuesta semejante: una Iglesia ungida, lúcida, determinada y firme, que no sea arrastrada por la corriente, sino que se mantenga como columna y baluarte de la verdad.

En este recorrido abordaremos temas como el resurgimiento de imperios, el debilitamiento de soberanías, el avance del control digital, las crisis migratorias, los conflictos bélicos con trasfondo espiritual, las agendas de reeducación global, el papel de Israel y otros elementos que están configurando un nuevo orden mundial. Pero más allá de la información, nos enfocaremos en la respuesta espiritual que la Iglesia debe tener. Porque en estos tiempos de tormenta, no sobrevivirán los más informados, sino los más consagrados y determinados.

Esta obra no pretende alarmar, sino preparar. No busca alimentar teorías sin base, sino fortalecer la fe y el discernimiento de los hijos de Dios. Porque cuando comprendemos lo que ocurre, cuando miramos el mundo con los ojos del Espíritu y la mente de Cristo, entonces podemos actuar con sabiduría, predicar con autoridad y vivir con esperanza.

Si están leyendo esta introducción, es porque el Espíritu los ha inquietado y les ha dado la oportunidad de obtener mayor luz. Los invito a avanzar con oración, con una mente abierta y un corazón enseñable. Ruego a Dios que tengan la determinación de ser parte de una generación de ministros y creyentes que no se esconden en la tormenta, sino que se levantan con luz y verdad en medio de ella.

Yo solo soy doctor y maestro en la Palabra; no soy un experto en geopolítica actual. Pero he procurado conectarme responsablemente con información confiable y certera. Este

libro no es un estudio sistemático y profundo de la actualidad global, eso demandaría un volumen mucho más amplio, pero contiene información clave para que luego podamos entender cuál debe ser el rol de la Iglesia en estos tiempos de tormenta internacional.

"Por tanto, tened cuidado cómo andáis; no como insensatos, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Así pues, no seáis necios, sino entended cuál es la voluntad del Señor".
Efesios 5:15 al 17 LBLA

Capítulo uno

LA GEOPOLÍTICA ACTUAL

"Los hombres desfallecerán de terror y de ansiedad por lo que vendrá sobre el mundo, porque las potencias de los cielos serán sacudidas."
Lucas 21:26 (NVI)

Una de las características más alarmantes y desafiantes de nuestro tiempo, es la velocidad con la que está cambiando el orden mundial. Lo que hasta hace poco parecía estable, ahora se desmorona. Lo que fue considerado incuestionable, hoy se pone en tela de juicio.

La geopolítica del siglo XXI ha entrado en una etapa de transformación profunda, donde nuevas potencias emergen, antiguas tensiones se reavivan, y el tablero del poder global se mueve con una intensidad pocas veces vista desde la Segunda Guerra Mundial.

La Iglesia no puede observar este fenómeno como una simple espectadora. Estamos llamados a comprender los tiempos, a discernir las señales y a mantener nuestra lámpara encendida en medio de un mundo que se oscurece por causa

del egoísmo, la violencia y la ambición. Por eso, este capítulo busca describir el escenario geopolítico actual con claridad y fundamento, para que, como pueblo de Dios, entendamos la tormenta que se avecina y, de esa manera, podamos prepararnos con sabiduría y esperanza.

Tras la caída del Muro de Berlín en 1989, y la disolución de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos emergió como la única superpotencia global. Su liderazgo en economía, tecnología, cultura y poder militar le otorgó un papel dominante en los asuntos internacionales durante más de dos décadas.

Pero el siglo XXI trajo consigo nuevas realidades. La globalización aceleró el crecimiento de otras economías; el internet y la tecnología multiplicaron voces e intereses; y las guerras mal gestionadas, como las de Afganistán e Irak, erosionaron la autoridad moral de Occidente. Hoy, Estados Unidos sigue siendo una potencia inmensa, pero ya no tiene el control exclusivo del mundo.

Según el Council on Foreign Relations, Estados Unidos enfrenta actualmente desafíos simultáneos en Asia (por parte de China), en Europa (por parte de Rusia) y en Medio Oriente (por parte de Irán y grupos radicales), lo cual lo obliga a redistribuir su influencia y capacidad estratégica en múltiples frentes.

Por su parte, China ha logrado en menos de medio siglo lo que a otras naciones les tomó varios siglos. Su

crecimiento económico ha sido tan acelerado que, según el Fondo Monetario Internacional, ya rivaliza en PIB con Estados Unidos (que es el Producto Interno Bruto de un país, es el valor total de todos los bienes y servicios finales producidos dentro de las fronteras de ese país en un período determinado), especialmente en términos de paridad de poder adquisitivo. Pero más allá de los números, lo que preocupa a los analistas es la visión global y ambiciosa del Partido Comunista Chino.

Con su iniciativa "La Franja y la Ruta" (Belt and Road Initiative), China ha invertido en más de 140 países, construyendo puertos, ferrocarriles, centrales eléctricas y carreteras, asegurándose recursos estratégicos y lealtades políticas. Además, ha ganado influencia en organismos internacionales, se ha convertido en un actor clave en África y América Latina, y ha desarrollado tecnologías punteras en inteligencia artificial, telecomunicaciones y defensa.

Este crecimiento no está exento de tensiones. En Taiwán, en el Mar del Sur de China y en sus relaciones con Australia, India y Japón, el gigante asiático ha mostrado una actitud más asertiva, lo cual ha generado reacciones en cadena por parte de Estados Unidos y sus aliados en la región.

Si miramos a Rusia, vemos que Vladimir Putin ha colocado a su nación nuevamente en el centro de la geopolítica mundial. No mediante el crecimiento económico, sino a través de la audacia militar, el nacionalismo y el dominio energético. La invasión a Ucrania en 2022 fue un

punto de inflexión que desató una de las guerras más significativas en Europa desde 1945. Aunque Rusia ha enfrentado sanciones severas, ha fortalecido sus vínculos con China, Irán y Corea del Norte, y ha resistido el aislamiento occidental.

Rusia posee el arsenal nuclear más grande del mundo, influencia en varias regiones de África, capacidad de desinformación global y recursos energéticos claves. En palabras del historiador Timothy Snyder: *"Putin no busca simplemente ganar territorio, sino redefinir el orden mundial"*. Para el Kremlin, el mundo occidental representa decadencia, mientras que Eurasia representa tradición, fuerza y destino.

Si observamos a Europa como un conjunto de fuerzas que operan unificadas, vemos que enfrenta una crisis de identidad. Aunque intenta ser un bloque fuerte y cohesionado, aún depende en gran medida de Estados Unidos para su seguridad.

La guerra en Ucrania obligó a muchos países europeos a aumentar su presupuesto militar, romper vínculos energéticos con Rusia y reforzar su compromiso con la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), una alianza militar y política compuesta por 32 países de Europa y América del Norte. Su objetivo principal es garantizar la seguridad y libertad de sus miembros mediante la cooperación política y militar.

Internamente, Europa enfrenta el reto del populismo, las divisiones migratorias, la crisis económica postpandemia y la amenaza de desindustrialización frente al avance tecnológico asiático. La Unión Europea aún conserva una importante voz moral en el mundo, en derechos humanos, cambio climático y cooperación internacional, pero su capacidad de actuar como un actor geopolítico fuerte está en disputa.

Un fenómeno clave de este tiempo es el resurgimiento del llamado "Sur Global": una amplia coalición de países emergentes en América Latina, África, Medio Oriente y Asia. Naciones como India, Brasil, Turquía, Indonesia y Sudáfrica están ganando influencia gracias a su crecimiento económico, sus recursos naturales y su población joven.

Muchos de ellos buscan romper con la lógica de los bloques tradicionales y tener una voz propia. Alianzas como los BRICS+, que es una alianza de economías emergentes compuesta por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, (con la inclusión reciente de países como Arabia Saudita, Argentina y Egipto) apuntan a crear un nuevo eje de poder que desafíe el dominio financiero, comercial y cultural del G7 (o Grupo de los Siete, que es un foro intergubernamental informal que reúne a las siete economías más avanzadas del mundo: Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos, además de la Unión Europea).

Para la Iglesia, este es un terreno fértil: el Sur Global es también el epicentro del crecimiento evangélico y

carismático en las últimas décadas. Tal vez, mientras las potencias se debilitan en sus fundamentos espirituales, Dios está levantando una voz profética desde los márgenes que no debemos ignorar.

Hoy en día, no solo se lucha con armas y soldados. La guerra ha mutado. Los ataques cibernéticos, la manipulación informativa, la vigilancia digital y el uso de inteligencia artificial forman parte del nuevo arsenal. Las potencias del mundo no solo compiten por recursos naturales, sino por datos, algoritmos y narrativas.

Además, la militarización del espacio, el avance de los drones autónomos y el desarrollo de armas hipersónicas están generando un clima de permanente inseguridad. El gasto militar mundial superó los 2,2 billones de dólares en 2024, según el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI), la cifra más alta de la historia.

Este clima de tensión, combinado con el debilitamiento de organismos multilaterales como la ONU, la Organización de las Naciones Unidas, compuesta por la mayoría de los países del mundo, ha dado lugar a un escenario más caótico, más impredecible y más frágil.

En medio de todo esto, la Iglesia debe ser como los hijos de Isacar: hombres que ***"entendían los tiempos y sabían lo que debía hacer Israel"*** **(1 Crónicas 12:32)**. La comprensión de la geopolítica no es un lujo reservado a expertos analistas, sino que puede ser una herramienta

espiritual para los líderes del Reino. Solo con ojos abiertos podremos interceder con autoridad, predicar con contexto y preparar al pueblo de Dios para los días que vendrán. Nuestro llamado no es a temer, sino a discernir; no a mirar las tormentas con desesperación, sino a reconocer lo que nos advirtió Jesús:

"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"
Lucas 21:28

Vivimos en una época marcada por el estruendo de las guerras. Las noticias nos muestran imágenes de ciudades bombardeadas, refugiados cruzando fronteras, familias separadas por el fuego cruzado y gobiernos que responden con amenazas más que con diplomacia. La violencia se ha globalizado.

El planeta parece envuelto en una cadena de conflictos que, aunque distantes en kilómetros, están profundamente entrelazados por intereses económicos, políticos y religiosos. En este escenario, la Iglesia no debe mirar hacia otro lado. Como atalayas, debemos levantar nuestra voz, comprender los signos de los tiempos y clamar por justicia, paz y verdad.

Hoy, los conflictos armados no son hechos aislados ni locales. Están insertos en una estructura global que refleja el quiebre del orden internacional y la debilidad de los mecanismos de diálogo. Al estudiar estos conflictos, no

estamos simplemente recopilando datos, sino observando cómo el corazón del ser humano, apartado de Dios, reproduce ciclos de odio, ambición y destrucción.

Desde febrero de 2022, Ucrania se ha convertido en el escenario más visible de una guerra moderna entre potencias. Rusia, bajo el mando de Vladimir Putin, invadió territorios ucranianos con el propósito declarado de evitar la expansión de la OTAN y proteger poblaciones rusoparlantes. Pero más allá de estos argumentos, el mundo ha presenciado una ofensiva brutal que ha costado decenas de miles de vidas y ha desplazado a millones.

En 2025, la guerra sigue activa, aunque no con el mismo ritmo que al inicio. Se ha transformado en una guerra de desgaste, donde el frente apenas se mueve, pero las bajas siguen creciendo. El uso de drones, artillería pesada y armamento de largo alcance ha convertido ciudades enteras en escombros. A pesar del apoyo militar de Occidente, Ucrania enfrenta el desafío de una guerra prolongada, sin una solución clara a la vista.

Como mencioné anteriormente, Europa ha reforzado su sistema de defensa, rearmado sus ejércitos y profundizado su compromiso. Pero la factura de esta guerra se mide no solo en dinero, sino también en la reconfiguración total de la seguridad europea y en el endurecimiento de las relaciones con Rusia.

En este escenario de tensión, no podemos olvidar la prolongada guerra en Yemen, un conflicto que ha cobrado más de 300.000 vidas desde 2014 y que hoy sigue activo. Los hutíes, una milicia chiita apoyada por Irán, han intensificado sus ataques contra embarcaciones en el Mar Rojo, poniendo en peligro una de las rutas comerciales más importantes del mundo. A través de drones y misiles lanzados desde territorio yemení, han atacado buques internacionales, provocando una respuesta militar de Estados Unidos y sus aliados.

Israel, también involucrado en esta zona, ha bombardeado posiciones hutíes en territorio yemení. La guerra en Yemen se ha convertido en una guerra por "proxy", donde las grandes potencias luchan indirectamente a través de milicias y grupos interpuestos. Este tipo de guerra es difícil de controlar, prolonga el sufrimiento de la población civil y convierte a los inocentes en escudos humanos.

Uno de los episodios más delicados y peligrosos de este tiempo ha sido el estallido del conflicto entre Israel e Irán, con la participación directa de Estados Unidos. En junio de 2025, luego de años de tensiones, amenazas e intercambios indirectos, se produjo una escalada sin precedentes. Israel lanzó ataques aéreos y con misiles de alta precisión sobre instalaciones nucleares y bases militares iraníes. Lo que parecía impensable por los riesgos, terminó ocurriendo: Nada menos que una guerra abierta entre dos temibles enemigos históricos.

La respuesta iraní fue inmediata. Más de 150 misiles balísticos fueron lanzados contra territorio israelí, incluyendo misiles de largo alcance como el temido Kheybar Shekan. Algunos impactaron infraestructura civil, causando la muerte de decenas de personas. El mundo contuvo la respiración. La región entera tembló y la inseguridad comenzó a palparse en la expectativa de todas las naciones.

Estados Unidos no se quedó al margen. Bajo el nombre de "Operación Martillo de Medianoche", fuerzas estadounidenses atacaron directamente varios objetivos estratégicos en Irán, entre ellos plantas de enriquecimiento de uranio. La implicación directa de Washington marcó un punto de quiebre: ya no se trataba solo de un conflicto regional, sino de una confrontación con proyección global.

Este conflicto no solo ha afectado a Israel e Irán. Los países del Golfo entraron en estado de alerta máxima. Naciones como Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Bahréin comenzaron evacuaciones preventivas. El Reino Unido y Francia se movilizaron diplomáticamente para contener la expansión del conflicto. China y Rusia pidieron el cese al fuego, mientras reforzaban su presencia estratégica en la región. El equilibrio internacional pende de un hilo.

Mientras los ojos del mundo están puestos en Medio Oriente y Europa, África sangra en silencio. En Sudán, una guerra civil iniciada en 2023 ha sumido al país en el caos. Las fuerzas del ejército y los paramilitares de las RSF combaten sin tregua (son una milicia sudanesa, que ha sido acusada de

graves abusos contra los derechos humanos durante el conflicto en Darfur). La mitad del país sufre inseguridad alimentaria extrema, los hospitales han colapsado y más de siete millones de personas han huido.

En la República Democrática del Congo, los rebeldes del M23 (que es un grupo rebelde militar que opera fundamentalmente en la provincia de Kivu del Norte), han tomado ciudades enteras, obligando a comunidades completas a desplazarse. La inestabilidad es tal que ni siquiera la ONU puede garantizar protección.

Por su parte, Libia continúa siendo una tierra sin ley, dividida entre facciones enfrentadas. En el Sahel, una vasta región que cruza Mali, Burkina Faso y Níger, las insurgencias islamistas y los golpes militares han destruido todo intento de estabilidad.

Estos conflictos no tienen la visibilidad mediática de los que ocurren en Europa o Medio Oriente, pero representan una tragedia humanitaria de proporciones gigantescas. La Iglesia no puede ignorar estas naciones heridas. África es también tierra de avivamiento, de oración, de mártires y de esperanza, nosotros no debemos desvincularnos de estas realidades.

En Asia también hay zonas calientes. En Myanmar, el golpe de Estado de 2021 dio inicio a una guerra civil que aún hoy se extiende. Los militares combaten contra decenas de grupos armados étnicos, y la población civil paga el precio.

En India y Pakistán, las tensiones por Cachemira han resurgido, con nuevos ataques y enfrentamientos fronterizos. Afganistán, bajo el control talibán, enfrenta una situación crítica, tanto humanitaria como política.

La región del Indo-Pacífico se convierte así en un nuevo epicentro de confrontación, no solo entre países vecinos, sino entre las grandes potencias que intentan influir en la zona: Estados Unidos, China, India y Rusia.

Las guerras del siglo XXI no son como las del pasado. Hoy se combate también desde las sombras. El uso de drones, satélites, inteligencia artificial, ciberataques y propaganda en redes sociales ha transformado por completo la naturaleza de los conflictos. Las guerras ya no se ganan solo con soldados, sino también con hackers, algoritmos y desinformación.

Además, muchos conflictos ya no son entre ejércitos formales, sino entre fuerzas estatales y grupos insurgentes o milicias privadas. Este modelo de "guerra híbrida" se ha extendido en todo el mundo. Los civiles se han vuelto objetivos. Hospitales, escuelas, iglesias y campos de refugiados son destruidos deliberadamente. Es una guerra sin reglas y por cierto, dolorosa y cruel.

Más que nunca, la Iglesia necesita ser una voz profética, una comunidad de consuelo y una fuerza activa en el campo de la paz. Donde el mundo levanta muros, la Iglesia debe construir puentes. Donde hay dolor, debe llevar sanidad.

Donde hay caos, debe anunciar el Reino inconmovible de Cristo.

Los conflictos actuales son señales. No señales de desesperanza, sino de urgencia. Jesús habló de guerras y rumores de guerras como parte del principio de los dolores, antes del final. Pero también dijo: ***"No se turben, porque estas cosas deben suceder"*** **(Mateo 24:6)**.

En medio de la tormenta, nuestra confianza está en Él. En medio del fuego, nuestra fidelidad debe arder aún más. Porque mientras los reinos de la tierra se sacuden, el Reino de Dios permanece firme y eterno.

"Se levantará nación contra nación, y reino contra reino… y todo esto será principio de dolores."
Mateo 24:7 y 8

Referencias de este capítulo:

- SIPRI Yearbook 2024 – Stockholm International Peace Research Institute.
- FMI, Perspectivas de la economía mundial (2024).
- Council on Foreign Relations – Global Conflict Tracker.
- Timothy Snyder, El camino hacia la no libertad (Debate, 2021).
- Foro Económico Mundial, Global Risks Report 2025.
- Fondo Monetario Internacional, Base de datos macroeconómicos (2023).
- Pew Research Center, Religious Landscape Study (2024).
- Council on Foreign Relations – Global Conflict Tracker
https://www.cfr.org/global-conflict-tracker.
- Seguimiento actualizado de los conflictos activos en el mundo, incluidos Ucrania, Yemen, Sudán, Libia, Cachemira, entre otros.
- Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI)
https://sipri.org
- Informes anuales sobre gasto militar mundial, comercio de armas, tendencias en seguridad y conflictos internacionales.
- Al Jazeera – Middle East Conflict Coverage (2025)
https://www.aljazeera.com
Informes detallados sobre el conflicto entre Israel e Irán, ataques hutíes en el Mar Rojo, y la situación en Yemen.
- Reuters – Global Affairs and Conflict Reports
https://www.reuters.com
- Noticias verificadas sobre la intervención de EE.UU. en Irán, escaladas militares, y conflictos en el Indo-Pacífico.
- BBC World News – Global Conflict and War Coverage
https://www.bbc.com/news
- Cobertura de la guerra en Ucrania, los desplazamientos en África, el conflicto de Myanmar y las tensiones India–Pakistán.
- International Crisis Group – Crisis Watch
https://www.crisisgroup.org/crisiswatch
- Informes mensuales sobre la evolución de conflictos armados, factores de riesgo y oportunidades de diálogo.

- Human Rights Watch / Amnistía Internacional
https://www.hrw.org / https://www.amnesty.org
- Documentación de crímenes de guerra, ataques a civiles y consecuencias humanitarias en conflictos como Sudán, Gaza, Yemen y Siria.
- ONU – OCHA (Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios)
https://www.unocha.org
- Reportes sobre emergencias humanitarias en curso, especialmente en África, Medio Oriente y Asia.
- The Times of India – South Asia Defense News (2025)
https://timesofindia.indiatimes.com
- Noticias recientes sobre el uso de misiles balísticos por parte de Irán, y la tensión en Cachemira.
- The Washington Post / The New York Times – International Affairs
https://www.washingtonpost.com / https://www.nytimes.com
- Cobertura internacional de conflictos, intervención de potencias globales, y evolución de guerras modernas.
- UNHCR – ACNUR (Agencia de la ONU para los Refugiados)
https://www.unhcr.org
- Datos sobre desplazamiento forzado, campos de refugiados, y crisis humanitarias resultantes de conflictos armados.

Capítulo dos

TORMENTAS MUY PELIGROSAS

"Se levantarán naciones contra naciones… y verán cosas aterradoras y grandes señales en el cielo."
Lucas 21:10 y 11 (NVI)

Hay un par de conflictos que mencioné en el capítulo anterior, pero en este me veo en la obligación de brindarles mayor atención, porque últimamente han afectado al mundo más que ninguno de los demás mencionados. Me refiero a la guerra entre Rusia y Ucrania, un conflicto que involucra a toda la OTAN, y al enfrentamiento que se ha desatado entre Israel e Irán, en el cual también está definitivamente involucrado Estados Unidos.

El 24 de febrero de 2022, Europa despertó con un estremecimiento que evocó las peores pesadillas del siglo XX: la Federación Rusa, bajo el mando de Vladimir Putin, había invadido Ucrania. Lo que comenzó como una operación relámpago para "desmilitarizar" y como declararon los rusos: "desnazificar" al país vecino, se

transformó en una guerra total, prolongada, desgastante y globalmente influyente.

Más de tres años después, en 2025, la guerra sigue activa. Las líneas de combate se han estabilizado, pero no así la violencia. Cientos de miles de muertos, millones de desplazados, ciudades destruidas, infraestructura colapsada y una generación entera marcada por el trauma. La guerra en Ucrania no es solo una tragedia regional: es una herida abierta en el corazón de Europa, un punto de quiebre para el orden mundial y una señal profética que exige discernimiento espiritual.

Aunque ya lo mencionamos en el capítulo anterior, deseo que ahora analicemos brevemente su trasfondo. La tensión entre Rusia y Ucrania no nació en 2022. Tiene raíces profundas. En 1991, Ucrania se independizó de la URSS, heredando fronteras complejas, una identidad dividida y una historia íntimamente cruzada con Rusia.

En 2014, tras la Revolución del Maidán, Ucrania se volcó hacia Occidente. Rusia respondió anexando ilegalmente Crimea y fomentando la insurgencia armada en el Donbás. Entre 2014 y 2021, el conflicto fue contenido, pero nunca resuelto. Ucrania buscó integrarse a la OTAN y a la Unión Europea, lo que Moscú interpretó como una amenaza existencial.

La invasión de 2022 fue, para el Kremlin, una reafirmación de su “esfera de influencia”. Para Occidente,

fue una violación flagrante del derecho internacional. Para el mundo, fue la señal de que la era de las guerras convencionales no ha terminado.

La guerra en Ucrania ha sido un laboratorio de guerra contemporánea. No se combate solo con tanques y soldados, sino también con drones, utilizados masivamente por ambos bandos, lo que ha transformado por completo la naturaleza de la ofensiva aérea.

Ciberataques contra redes eléctricas, hospitales y sistemas bancarios formaron parte de las primeras ofensivas rusas. La desinformación, la propaganda digital y la manipulación en redes sociales han influido tanto como las balas. Se ha visto el uso de armamento hipersónico, guerra electrónica, sabotajes y tácticas híbridas nunca antes desplegadas a esta escala.

Pero deberíamos preguntarnos: ¿quiénes son los más afectados? En primer lugar, el pueblo ucraniano. La primera y mayor víctima es, sin dudas, Ucrania. Según cifras de la ONU (2025), más de 14 millones de personas han sido desplazadas. Más de 350.000 civiles y soldados han muerto. Ciudades como Mariúpol, Bajmut, Severodonetsk y Avdivka han sido prácticamente borradas del mapa. Miles de niños han sido deportados forzosamente a Rusia. Iglesias destruidas, hospitales arrasados, escuelas bombardeadas son parte del paisaje predominante en esas regiones.

Pero en medio del horror, también se ha visto resistencia, fe y unidad. Muchas iglesias en Ucrania han abierto sus puertas como refugios, centros de ayuda, cocinas comunitarias y centros de oración. En medio del infierno, la Iglesia ha brillado como un faro de esperanza. Esa noticia no trasciende, pero sigue absolutamente vigente hoy en día.

Los países vecinos, como Polonia, Rumania, Moldavia, Eslovaquia y Hungría, también han sentido el impacto inmediato, porque tuvieron que acoger a millones de refugiados ucranianos, generando presiones económicas, sociales y sanitarias como nunca antes.

Además, se vieron obligados a reforzar sus ejércitos, aumentar el gasto militar y redoblar sus vínculos con la OTAN. Moldavia, en especial, teme ser el próximo objetivo ruso debido a la región separatista de Transnistria. Estos países están viviendo una reedición moderna de la Guerra Fría, pero con consecuencias reales y actuales.

Por otra parte, la guerra ha tenido efectos profundos en Europa Occidental. La crisis energética fue uno de los mayores perjuicios: al cortar la dependencia del gas ruso, muchos países enfrentaron aumentos históricos de precios y tuvieron que buscar fuentes alternativas. Esta guerra también generó inflación y recesión; los precios de los alimentos y del combustible se dispararon en 2022 y 2023, afectando gravemente las economías domésticas.

La guerra unificó a la Unión Europea como pocas veces, fortaleció la OTAN e impulsó a países tradicionalmente neutrales, como Suecia y Finlandia, a integrarse a la Alianza Atlántica. Europa se está rearmando no solo en términos militares, sino también ideológicos: está redescubriendo la necesidad de defender sus valores frente a los autoritarismos del Este.

Por su parte, aunque Rusia es el agresor, también es víctima de las consecuencias. Desde el inicio de la guerra ha sufrido sanciones internacionales severas, aislamiento diplomático y una economía fuertemente golpeada. Además, miles de soldados rusos han muerto en combates mal planificados.

En el caso de los ciudadanos, muchísimos han tenido que emigrar, perseguidos por disentir con el gobierno o, simplemente, para evitar el reclutamiento forzoso de los hombres de familia. Por su parte, la Iglesia Ortodoxa Rusa se ha alineado mayoritariamente con el Kremlin, lo que ha generado profundas divisiones internas y una pérdida de credibilidad espiritual ante la comunidad cristiana global.

Podríamos decir que Putin ha convertido esta guerra en una narrativa de resistencia "civilizacional" contra Occidente, pero a un costo humano y moral incalculable. Parece increíble cómo personajes sentados tras escritorios pueden firmar papeles y tomar decisiones tan perversas, que cuestan la vida de miles y miles de personas… pero parece que eso no les importa demasiado.

En el caso de Estados Unidos, ha brindado más de 100 mil millones de dólares en ayuda militar, financiera y humanitaria a Ucrania. Ha enviado sistemas antimisiles, drones, tanques y, más recientemente, cazas F-16 operados por pilotos ucranianos.

Sin embargo, todo apoyo tiene sus límites. A medida que el conflicto se prolonga, también aumentan las presiones internas en Estados Unidos y Europa para buscar salidas diplomáticas. Mientras tanto, la OTAN ha reforzado su presencia en Europa Oriental y ha establecido nuevas bases militares cerca de la frontera rusa.

Esta guerra ha reconfigurado el mundo. China observa con atención, evaluando cómo podría actuar respecto a Taiwán. Irán ha estrechado vínculos con Rusia, compartiendo drones y tecnología. Brasil, India y Sudáfrica, como parte del bloque BRICS, intentan mantener una neutralidad estratégica. África y América Latina, por su parte, sufren el encarecimiento del trigo, el petróleo y los fertilizantes, lo que ha generado crisis alimentarias e inestabilidad social.

La guerra de Ucrania es, en muchos sentidos, una guerra mundial de cuarta generación que afecta a todos, directa o indirectamente. Esta guerra nos muestra algo que la Biblia ya había advertido: la violencia está enraizada en el corazón humano. Mientras no haya arrepentimiento y justicia, las naciones seguirán levantándose unas contra otras.

Pero esta guerra también nos recuerda que Dios no está ausente en medio del conflicto. En Ucrania, pastores han seguido predicando bajo los bombardeos. Iglesias han distribuido Biblias, alimentos y palabras de consuelo. Se han celebrado bautismos en zonas de guerra. La fe no ha sido silenciada. Ha sido purificada.

Para la Iglesia global, esta guerra es un llamado a: Interceder con fervor por la paz, especialmente por los creyentes en zonas de conflicto. Discernir los tiempos, entendiendo que la guerra no es solo política, sino también espiritual. Prepararse para tiempos de mayor oposición, pero también de mayor cosecha, si es que se hacen las cosas bien.

Sin dudas, quienes vivimos lejos de este conflicto no debemos dejar de sentir empatía con tantos miles de hermanos que están sufriendo esta guerra. Debemos abrazar el dolor del prójimo como si fuera nuestro propio dolor. Porque cuando un miembro del cuerpo sufre, todos debemos sufrir con él **(1 Corintios 12:26)**.

"Reprime la reunión de gentes armadas,
La multitud de toros con los becerros de los pueblos,
Hasta que todos se sometan con sus piezas de plata;
Esparce a los pueblos que se complacen en la guerra."
Salmo 68:30

Si hay un territorio donde la historia, la fe y la política colisionan con fuerza volcánica, ese es el Medio Oriente. Tierra santa para judíos, cristianos y musulmanes, esta región

concentra un peso espiritual inmenso, pero también es escenario de conflictos geopolíticos que, en los últimos años, han escalado de manera alarmante.

En 2025, la tensión entre Irán, Israel y Estados Unidos alcanzó un punto crítico, con implicancias no solo militares, sino también proféticas y escatológicas. La enemistad entre Irán e Israel no es nueva, pero sí se ha intensificado en la última década. Irán no reconoce la existencia del Estado de Israel, lo considera un "régimen sionista" ilegítimo y ha declarado públicamente su intención de borrarlo del mapa. Israel, por su parte, ha denunciado en múltiples foros internacionales el programa nuclear iraní como una amenaza existencial.

Irán apoya directa o indirectamente a varios grupos hostiles a Israel: Hezbolá en Líbano, Hamás y la Yihad Islámica en Gaza, milicias chiitas en Siria e Irak, y los hutíes en Yemen, quienes también han atacado embarcaciones israelíes en el Mar Rojo. Israel, por su parte, considera que estos grupos son brazos armados de Teherán en una guerra no declarada, pero constante.

En el mes de junio de 2025, la situación escaló de forma dramática. Fuentes occidentales informaron que Irán había alcanzado niveles de enriquecimiento de uranio del 90%, el umbral necesario para construir una bomba nuclear. Para Israel, esto cruzaba una línea roja.

Fue entonces cuando comenzó la operación israelí llamada "León Resurgente": una serie de bombardeos masivos contra plantas nucleares iraníes, bases militares y centros de comando. Según reportes, más de 60 objetivos fueron alcanzados en la primera noche.

La respuesta de Irán fue inmediata y contundente: el lanzamiento de más de 150 misiles balísticos y drones kamikaze contra territorio israelí, incluyendo el modelo Kheybar Shekan, capaz de evadir sistemas antimisiles convencionales. Ciudades como Tel Aviv, Haifa y Ashdod sufrieron daños severos. Más de 20 civiles israelíes murieron. El pánico se apoderó del país.

Ante esta escalada, Estados Unidos no tardó en actuar. Bajo el nombre de "Operación Martillo de Medianoche", el Pentágono autorizó ataques aéreos sobre instalaciones nucleares subterráneas en Irán, incluyendo Natanz y Fordow. También se destruyeron sitios de lanzamiento de misiles y depósitos de armas.

La intervención directa de EE.UU. marcó un punto sin retorno: ya no se trataba de un conflicto regional, sino de una guerra con eco global. Varios países del Golfo, como Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Bahréin, entraron en máxima alerta, evacuando ciudadanos y cerrando sus espacios aéreos.

El Reino Unido y Francia movilizaron portaaviones al Mediterráneo oriental. Rusia y China, aunque no

intervinieron militarmente, denunciaron la acción de Occidente y reforzaron su respaldo diplomático a Irán.

Estados Unidos sostiene que su acción fue preventiva y legítima. Defiende el derecho de Israel a protegerse y considera que un Irán nuclear sería una amenaza inaceptable para el mundo. Por su parte, Irán se presenta como víctima de una conspiración occidental, asegurando que su programa nuclear tiene fines pacíficos. Utiliza el conflicto para unir a las facciones chiitas de la región bajo su liderazgo, mientras que Israel insiste en que jamás permitirá que Irán obtenga armas nucleares. Para el gobierno israelí, se trata de una cuestión de supervivencia.

La verdad es que la Operación Martillo de Medianoche marcó un antes y un después en el delicado equilibrio de poder en Medio Oriente. Aquel despliegue de fuerza, encabezado por Estados Unidos con el respaldo tácito, y en algunos tramos explícito, de Israel, buscó desmantelar el corazón del programa nuclear iraní.

Durante la noche del 22 de junio de 2025, los cielos se abrieron para dejar paso a la sombra amenazante de aviones B-2, misiles de precisión y bombas perforantes que descendieron sobre Fordow, Natanz e Isfahán, golpeando centros de investigación ocultos en las profundidades del suelo persa.

Las imágenes satelitales posteriores no dejaban dudas: estructuras claves habían sido severamente dañadas. Sin

embargo, las profundidades de los túneles y la previsión del liderazgo iraní permitieron preservar parte de los activos más delicados. No hubo un colapso total del programa nuclear, pero sí una interrupción significativa que trastocó la agenda de los ayatolás y expuso su vulnerabilidad.

Irán, herido en su orgullo y en su capacidad estratégica, respondió en las siguientes horas con una andanada de misiles sobre una base estadounidense en Qatar y con ataques adicionales sobre territorio israelí. La tensión alcanzó niveles que el mundo no había visto en décadas.

Israel, firme y en estado de alerta máxima, activó sus sistemas de defensa Arrow con notable eficacia, interceptando la mayoría de los misiles entrantes. Su escudo antimisiles se convirtió en símbolo de fortaleza y en advertencia para sus enemigos. En paralelo, la población israelí vivió jornadas marcadas por la angustia y la resistencia, mientras las sirenas y los refugios se convertían en parte del ritmo cotidiano.

Washington, por su parte, no solo acompañó con declaraciones; desplegó sistemas de defensa como el Patriot y el THAAD, envió destructores al Golfo y dejó claro que la alianza con Israel seguía siendo un eje central de su política exterior. Trump, una vez más, encontró en este conflicto un escenario propicio para reforzar su imagen de líder firme frente a las amenazas del mundo islámico radicalizado.

En medio de este juego de fuegos cruzados, el equilibrio geopolítico de la región comenzó a cambiar. Las naciones del Golfo, aunque enemigas históricas de la República Islámica de Irán, comenzaron a mostrar preocupación por el creciente poder militar israelí y la impredecibilidad del respaldo estadounidense.

Algunos estados árabes que habían avanzado en los Acuerdos de Abraham optaron por el silencio o por un distanciamiento prudente, temiendo que un nuevo conflicto a gran escala desestabilizara no solo la región, sino también sus propios regímenes.

A pesar de la devastación y la firmeza mostrada por las potencias involucradas, llegó un cese al fuego. Fue breve, fue frágil, pero logró evitar que la guerra escalara a proporciones mayores. La mediación de Qatar y la presión diplomática estadounidense lograron, al menos por el momento, detener el fuego abierto. Sin embargo, tanto analistas como ciudadanos sabían que esa paz no era más que un paréntesis; la tempestad sigue agitándose bajo la superficie.

El programa nuclear iraní no fue destruido por completo. Algunas instalaciones habían sido evacuadas anticipadamente y los técnicos más importantes trasladados a lugares aún más remotos. Si bien la infraestructura quedó dañada, la ambición no había sido derrotada. Irán adoptó un nuevo perfil, más reservado, pero no menos decidido.

Mientras tanto, al interior del país comenzaron a surgir voces de protesta, manifestaciones incipientes y rumores de descontento social que, reflejaban tanto el desgaste como la disconformidad con la forma en que se estaba conduciendo la nación.

El conflicto dejó cerca de quinientas víctimas fatales entre los distintos bandos: científicos, soldados, ciudadanos y líderes. En medio del dolor, quedó también una región más inestable, con fronteras calientes, cielos vigilados y la sospecha de que este episodio no fue el fin, sino tan solo un ensayo general de males peores que se avecinan.

Lo que se configuró en aquellos días no fue simplemente una respuesta militar, sino una reconfiguración de alianzas, de estrategias y de discursos. Rusia ofreció su apoyo al régimen iraní, advirtiendo a Occidente sobre las consecuencias de seguir socavando la soberanía de sus aliados estratégicos. China, aunque sin involucrarse abiertamente, mostró señales de interés por el desenlace, sabiendo que un Medio Oriente convulsionado podría inclinar la balanza económica a su favor.

Israel, fortalecido ante los suyos, se presentó ante el mundo como un país que no cede ante amenazas. Su mensaje fue claro: no permitirá que un enemigo declarado desarrolle armas de destrucción masiva sin consecuencias. Estados Unidos, por su parte, reafirmó que su presencia en Medio Oriente no ha terminado, y que sigue dispuesto a intervenir

donde crea necesario para proteger sus intereses y los de sus aliados.

Pero más allá de lo visible, el mundo espiritual también se agitó. Lo que ocurre en Israel nunca es casual ni meramente político; está ligado al cumplimiento de profecías, a la historia que Dios escribió y que los hombres apenas logran interpretar. La Escritura ya nos advertía que habría guerras y rumores de guerras, que naciones se levantarían contra naciones, y que Jerusalén sería una copa que haría temblar a las naciones **(Zacarías 12:2)**.

La Iglesia, frente a estos acontecimientos, debe despertar a una conciencia profética. No para caer en especulaciones sin fundamento, sino para orar con inteligencia espiritual, discernir los tiempos, y anunciar el Reino con firmeza. Porque mientras los gobiernos se rearman y las alianzas se reconfiguran, el Reino de Dios permanece inmutable. En un mundo que tiembla, solo la Palabra de Dios permanece firme. Y quienes conocen al Señor no deben vivir con miedo, sino con la expectativa del cumplimiento de los tiempos.

Jesús nos advirtió que estas señales serían el principio de dolores, no su fin **(Mateo 24:6 al 8)**. Por eso, cada bomba, cada movimiento diplomático, cada crisis, es también una campana que llama a la Iglesia a estar en vela, a no dormirse, a no dejarse distraer por la comodidad o la rutina. Hay una tarea por cumplir, un mensaje que predicar, una generación a la que advertir y preparar. Mientras las naciones se

tambalean, el Reino avanza. Y en tiempos de tormenta, es cuando más resplandece la luz que no puede ser apagada.

"Cuando veáis que Jerusalén esté rodeada de ejércitos, entonces sabréis que su destrucción está cerca."
Lucas 21:20

El conflicto entre Israel e Irán no es un enfrentamiento aislado ni bilateral. Se trata de un entramado complejo que involucra a numerosos países, cada uno con intereses, alianzas y posturas particulares. Comprender esta red es esencial para entender la dinámica y los posibles desenlaces en Medio Oriente y el mundo.

Como actor central, Israel sostiene una política de defensa activa y preventiva. Su principal objetivo es impedir que Irán alcance capacidades nucleares. Para ello, ha llevado a cabo ataques selectivos, operaciones encubiertas y mantiene un ejército moderno y preparado. Israel busca también aislar diplomáticamente a Irán, construyendo alianzas con países árabes suníes que, históricamente, fueron sus enemigos, pero que hoy comparten el temor a Teherán.

Por su parte, Irán se presenta como la potencia chiita que busca expandir su influencia regional y desafiar la hegemonía occidental. Apoya a grupos militantes aliados que actúan en Siria, Líbano, Gaza e Irak. La República Islámica persigue proyectar poder estratégico para asegurar rutas comerciales, recursos energéticos y un corredor chiita que se extienda desde el Golfo hasta el Mediterráneo.

Estados Unidos ha mantenido tradicionalmente su apoyo a Israel, pero también intenta evitar un conflicto abierto en Medio Oriente que desestabilice el mercado energético global. Tras su salida del acuerdo nuclear en 2018 y el restablecimiento de sanciones, Washington ha equilibrado medidas económicas con apoyo militar indirecto. Sin embargo, con la escalada de 2025, EE.UU. intervino militarmente para contener el conflicto, subrayando su compromiso con la seguridad israelí y el equilibrio regional.

Arabia Saudita y los países del Golfo, rivales históricos de Irán, han adoptado posiciones prudentes ante la reciente escalada. Aunque temen la expansión iraní, también temen un conflicto directo que pueda desestabilizar sus economías y sociedades. En los últimos años, algunos han mejorado relaciones con Israel mediante acuerdos diplomáticos discretos, buscando frenar a Irán a través de alianzas estratégicas.

Rusia apoya a Irán en múltiples frentes, incluyendo la provisión de tecnología militar y asistencia diplomática en foros internacionales. Al mismo tiempo, mantiene vínculos con Israel, buscando un equilibrio que evite un conflicto abierto que perjudique sus intereses en Siria y la región. Moscú se presenta como un actor pragmático, interesado en expandir su influencia y desafiar la hegemonía estadounidense.

China ha adoptado una posición ambivalente: por un lado, ha reforzado relaciones con Irán mediante acuerdos

comerciales y energéticos; por otro, ha expresado interés en mantener la estabilidad regional para proteger sus inversiones y la Ruta de la Seda. Beijing ha promovido el diálogo diplomático, aunque sin tomar partido abiertamente en el conflicto militar.

Turquía, país clave en la región, mantiene una política pragmática, apoyando discursos de diálogo, aunque históricamente ha tenido tensiones con Irán y conflictos territoriales con Israel. Ankara busca posicionarse como mediador regional y líder islámico suní, evitando que la guerra entre Israel e Irán se extienda hacia sus fronteras.

La Unión Europea ha condenado la escalada y llamado a la contención, apoyando sanciones económicas contra Irán, pero promoviendo también la diplomacia. Países como Francia y el Reino Unido han incrementado su presencia naval en el Mediterráneo oriental para proteger rutas comerciales y garantizar la seguridad.

Sin duda, este entramado multiplica los riesgos de un conflicto mayor: la extensión de la guerra a Siria, Líbano, Irak y Yemen, involucrando a más países y grupos armados; la intervención indirecta de potencias globales que podrían convertir un conflicto regional en un enfrentamiento mundial; la disrupción de rutas comerciales energéticas, con efectos devastadores para las economías globales; y un incremento en la crisis humanitaria, con millones de civiles afectados y desplazados.

Para la Iglesia, esta red de actores y posturas nos recuerda que el mal opera a través de estructuras complejas. Sin embargo, el evangelio de Jesús tiene poder para desarticular todo entramado de violencia y opresión, así como para permitir aquello que tiene que suceder. La oración por los líderes, por sabiduría y por paz, es una tarea urgente, pero por sobre todas las cosas, la Iglesia debe orar para que se produzca la perfecta voluntad de Dios en todo.

Para quienes leemos los tiempos con ojos proféticos, este conflicto trasciende lo militar. La región donde comenzó la historia bíblica parece ser también la región donde se acentuará el conflicto escatológico. Apocalipsis, Ezequiel y Daniel hablan de naciones del norte, coaliciones militares y de una gran batalla final en torno a Jerusalén. No afirmamos fechas, pero sí debemos mantenernos en alerta espiritual.

En medio de la guerra visible, también hay una guerra invisible: el espíritu de odio que mueve a las naciones, el uso religioso de la violencia, la manipulación de la verdad y el sufrimiento de los inocentes son señales claras de fuerzas espirituales de las tinieblas operando tras bastidores.

La Iglesia debe estar vigilante, no para temer, sino para orar con autoridad, clamar por la paz y anunciar que el verdadero Reino, el de Cristo, no será sacudido por ninguna coalición de hombres. Es claro que debemos interceder con discernimiento, no solo por “la paz en Medio Oriente”, sino también por sabiduría para los gobernantes y protección de los inocentes.

Debemos apoyar a los cristianos perseguidos en la región. Tanto en Irán como en Israel hay creyentes que necesitan fuerza y consuelo. Debemos enseñar con claridad los tiempos proféticos, sin sensacionalismos, pero con convicción. Debemos ser pacificadores activos, proclamando que la cruz de Cristo es la única bandera capaz de unir a judíos, árabes y gentiles, así como a todo el resto de la humanidad.

"No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús."
Filipenses 4:6 y 7

Referencias y fuentes del conflicto entre Rusia y Ucrania:

- Global Conflict Tracker – Council on Foreign Relations https://www.cfr.org/global-conflict-tracker/conflict/conflict-ukraine
- UNHCR (ACNUR) – Datos sobre desplazados ucranianos (2022–2025) https://www.unhcr.org
- SIPRI Yearbook 2024 – Gasto militar y flujos armamentistas https://sipri.org
- BBC News – Ucrania: evolución de la guerra (2022–2025) https://www.bbc.com/news
- The New York Times / Washington Post – Especiales sobre Ucrania
- Reuters – Informes sobre economía, energía y relaciones internacionales
- Human Rights Watch / Amnistía Internacional – Documentación de crímenes de guerra
- Ministerio de Defensa de Ucrania – Comunicados y reportes de campo (consultados a través de medios internacionales)

Referencias y fuentes del conflicto entre Irán, Israel, y Estados Unidos:

- Al Jazeera – Key Events of Israel-Iran Conflict (junio 2025) https://www.aljazeera.com/news/2025/6/22/israel-iran-conflict-list-of-key-events-june-22-2025
- Reuters – U.S. Strikes on Iranian Nuclear Facilities https://www.reuters.com/world/middle-east/bahrain-kuwait-prepare-possible-iran-conflict-spread-2025-06-22/
- Times of India – Kheybar Shekan missile used by Iran https://timesofindia.indiatimes.com/world/middle-east/middle-east-conflict-iran-fires-kheybar-shekan-missile-at-israel
- Council on Foreign Relations – Iran's Regional Influence and Alliances. https://www.cfr.org
- BBC News – Israel-Iran Escalation Timeline https://www.bbc.com/news
- UN OCHA Reports on Civilian Impact. https://www.unocha.org

Capítulo tres

UN TABLERO GLOBAL EN MOVIMIENTO

"Los reyes de la tierra se levantan y los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su Ungido."
Salmo 2:2

Como vemos, el escenario geopolítico actual está marcado por una competencia intensa y multifacética entre grandes potencias y actores estratégicos, cada uno buscando consolidar su influencia en un mundo interconectado pero fragmentado. Esta competencia no solo se juega en los campos de batalla, sino también en la economía, la tecnología, la diplomacia y la cultura.

Estados Unidos continúa siendo la superpotencia con mayor capacidad militar y financiera. Su influencia se extiende a través de alianzas como la OTAN, tratados comerciales y su papel dominante en instituciones multilaterales. Sin embargo, enfrenta retos internos, desgaste económico, en relación a tiempos pasados, y desafíos para mantener su hegemonía frente a potencias emergentes.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, en conflictos como la guerra en Ucrania o la tensión en Medio Oriente, EE.UU. actúa como garante de la seguridad occidental y protector de sus aliados. Aunque pretende actuar con cautela para evitar enfrentamientos directos que puedan escalar a un conflicto global, se ha visto complicado al no poder mantenerse al margen en algunos casos.

Tras el colapso soviético, Rusia ha buscado recuperar su influencia perdida. La invasión a Ucrania en 2022 mostró su disposición a usar la fuerza para reconfigurar el orden regional. Moscú utiliza su arsenal nuclear para amenazar y hacer valer su posición en el Consejo de Seguridad de la ONU, así como las alianzas estratégicas con China, Irán, Siria y otros, para desafiar la supremacía occidental.

Como mencioné anteriormente, su influencia se extiende a través de operaciones de guerra híbrida, ciberataques y propaganda. Además, Rusia mantiene bases militares en zonas clave, como Crimea, Siria y partes de África, para proyectar poder. La figura de Vladimir Putin como gobernante es compleja y objeto de diversas evaluaciones. Se le considera un líder autoritario, con un estilo de gobierno que algunos califican como “vertical del poder”, según analistas políticos, y que ha llevado a la concentración de poder, con un creciente culto a la personalidad que ciertamente es preocupante.

Por su parte, China, que es el gigante económico con ambiciones globales, es la potencia emergente más relevante.

Su crecimiento económico espectacular, combinado con una política exterior activa, la convierte en un actor global indispensable. Las tensiones comerciales y la competencia en el sector tecnológico entre China y Estados Unidos son un factor importante de conflicto global, con implicaciones para la economía mundial.

A través de la iniciativa "La Franja y la Ruta", China invierte en infraestructura en Asia, África y Europa, buscando crear redes comerciales y políticas a su favor. Por otra parte, China es un socio comercial importante para la Unión Europea, pero también un competidor estratégico, lo que genera tensiones relacionadas con la competencia desleal y las prácticas comerciales.

En defensa, ha modernizado sus fuerzas armadas y ejercita un reclamo territorial sobre Taiwán y en el Mar de China Meridional, lo que genera conflictos con varios países de la región, como Filipinas, Vietnam, Malasia y Brunéi. Pekín promueve un modelo alternativo al liberalismo occidental, con énfasis en la soberanía estatal y control interno.

También mantiene disputas territoriales con India, especialmente en Cachemira y el Tíbet. Además, la situación de Taiwán se está complicando, ya que China la considera una provincia rebelde; es un punto de tensión constante, con implicaciones para la estabilidad regional y global. También enfrenta tensiones con otros países en Asia, como Japón y

Corea del Norte, debido a reclamaciones territoriales y cuestiones de seguridad.

Aunque pequeño en territorio y población, Corea del Norte representa un desafío de alta tensión global por su programa nuclear y de misiles balísticos. Sus pruebas frecuentes, retórica beligerante y capacidad de afectar la seguridad en Asia oriental mantienen en alerta a vecinos como Corea del Sur.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Corea quedó dividida a lo largo del paralelo 38°, con el norte bajo influencia soviética y el sur bajo influencia estadounidense. La Guerra de Corea estalló en 1950, cuando Corea del Norte invadió Corea del Sur con el objetivo de reunificar la península por la fuerza. La guerra involucró a las principales potencias, incluyendo a Estados Unidos y China, y terminó en un armisticio en 1953, sin un tratado de paz, dejando la península dividida.

Desde entonces se han producido enfrentamientos fronterizos, incidentes militares y un aumento de las tensiones, especialmente en la Zona Desmilitarizada (DMZ). Corea del Norte ha realizado pruebas nucleares y de misiles, lo que ha generado sanciones internacionales y una escalada de tensiones con Estados Unidos y la negativa opinión de un gran número de países que consideran provocadoras las amenazas, la exhibición de su poderío y las pruebas continuas.

Corea del Norte ha acusado a Estados Unidos de mantener una política hostil y busca garantías de seguridad, mientras que Estados Unidos y sus aliados exigen la desnuclearización de Corea del Norte. La división de Corea persiste, con dos estados con sistemas políticos y económicos muy diferentes, y las tensiones en la península coreana siguen siendo una amenaza para la paz y la seguridad en la región y a nivel mundial.

Kim Jong-un, el líder supremo de Corea del Norte, utiliza su arsenal nuclear como carta de negociación para obtener ayuda económica y reconocimiento internacional, a la vez que lleva adelante un régimen aislado, con restricciones severas y un fuerte control estatal sobre toda la población.

La Unión Europea, con sus 27 países, representa un bloque económico y político poderoso, pero enfrenta retos para actuar de forma unificada en política exterior y defensa. La guerra en Ucrania ha impulsado un replanteamiento de la seguridad europea, con aumento del gasto militar y mayor cooperación en defensa.

Países como Alemania, Francia y Reino Unido tienen roles destacados, con capacidades militares, tecnológicas y diplomáticas significativas. Europa busca equilibrar su relación con Estados Unidos, China y Rusia, mientras protege sus valores democráticos y económicos.

Aunque estos sean los países en los que más se pone el foco, hay otros actores con influencia verdaderamente trascendente. Por ejemplo, la India, la democracia más grande del mundo y una potencia en ascenso. India mantiene una política exterior pragmática, expandiendo su influencia en Asia y África, y también lo hace ejerciendo presión sobre China y Pakistán. Su economía dinámica y capacidad militar la posicionan como un actor estratégico.

Por su parte, Turquía se ha convertido en un actor clave entre Europa y Asia, con ambiciones regionales. Turquía ha incrementado su presencia militar en Siria, Libia y el Cáucaso, y busca consolidar un rol de mediador y potencia islámica suní.

Japón es una verdadera potencia económica con fuerte alianza con Estados Unidos, y últimamente está incrementando significativamente su capacidad militar y su gasto en defensa. Esto incluye un aumento en la inversión en tecnología militar, desarrollo de misiles de largo alcance y una mayor cooperación con aliados como Francia. Este cambio de política refleja una creciente preocupación por la seguridad nacional y las tensiones regionales, especialmente con Corea del Norte y China.

Es como si Japón estuviera experimentando un gran cambio de paradigma, ya que está abandonando su política pacifista posterior a la Segunda Guerra Mundial, impulsado por preocupaciones sobre la seguridad nacional y la creciente influencia de China en la región.

Los conflictos proxy, también conocidos como guerras subsidiarias o guerras por delegación, son conflictos armados donde dos o más potencias involucran a terceros (estados o grupos no estatales) para enfrentarse indirectamente, evitando así una confrontación directa entre las potencias principales.

En lugar de que las grandes potencias se enfrenten directamente, utilizan otros actores, como estados más pequeños, milicias, grupos insurgentes o terroristas, para luchar en su nombre. Estas pequeñas guerras proxy pueden ser impulsadas por intereses geopolíticos, económicos o ideológicos, permitiendo a las potencias extender su influencia y poder, sin asumir los costos directos de una guerra abierta.

En África, varios países enfrentan problemas bélicos actualmente. Entre ellos se encuentran Burkina Faso, República Democrática del Congo, Etiopía, Malí, Níger, Nigeria, Somalia, Sudán y Sudán del Sur. Estos conflictos a menudo involucran a grupos armados insurgentes, conflictos étnicos y tensiones políticas, con graves consecuencias humanitarias.

En América Latina, si bien no hay guerras a gran escala entre países, existen varios conflictos territoriales y situaciones de violencia interna que pueden considerarse problemas bélicos. Entre los países con mayores tensiones se encuentran Colombia, con conflictos armados internos relacionados con narcotráfico y grupos guerrilleros; México,

también afectado por la violencia del narcotráfico; y países con disputas territoriales como Venezuela-Guyana, Costa Rica-Nicaragua, Guatemala-Belice, Perú-Chile y Chile-Bolivia, entre otros.

Como creyentes, debemos ver más allá de las estrategias y alianzas. Detrás de este tablero mundial se libra una batalla espiritual. El **Salmo 2** nos advierte que los reyes y gobernantes ***"se confabulan contra el Señor y contra su Ungido"***. La soberbia humana, la ambición y el poder sin Dios conducen a conflictos y destrucción.

Pero el Reino de Dios es un Reino de paz, justicia y verdad. En medio de la tensión, la Iglesia está llamada a orar, discernir y ser luz en la oscuridad. A actuar con sabiduría, denunciando injusticias y proclamando que sólo Cristo es el Rey verdadero.

En este mundo donde las grandes potencias luchan por la supremacía y el control, donde las alianzas cambian con rapidez y las tensiones pueden estallar en cualquier momento, la Iglesia se encuentra en medio de un escenario de incertidumbre y desafíos sin precedentes. Los países que dominan la geopolítica mueven sus piezas con estrategias calculadas, pero ninguna estrategia humana podrá sostenerse sin la justicia y la paz que solo el Señor ofrece.

En este tablero global hay intereses estratégicos, alianzas, compromisos y presiones, de diferente índole y no solo por cuestiones bélicas. Por ejemplo, en Medio Oriente y

en sus regiones colindantes se presenta uno de los espacios más cargados de historia, cultura, religión y poder del planeta. Desde la antigüedad, esta tierra ha sido el crisol donde se han fundido civilizaciones, se han escrito capítulos decisivos para la humanidad y también se han gestado conflictos profundos y duraderos.

En el siglo XXI, este escenario permanece vigente, siendo epicentro de luchas por el control de recursos, territorios, rutas estratégicas y también por la influencia ideológica y religiosa. La complejidad de sus actores y la superposición de intereses nacionales y globales hacen que cada movimiento tenga repercusiones de largo alcance.

Ciertamente hay intereses que son estratégicos, porque funcionan como motores invisibles de la política regional. Por ejemplo, el control energético, el petróleo y el gas como la sangre del sistema global. Medio Oriente posee alrededor del 40% de las reservas petroleras mundiales y una cantidad significativa de gas natural. Esto convierte a la región en un punto neurálgico para el funcionamiento de la economía mundial.

Arabia Saudita, como el mayor exportador de petróleo, ejerce un poder considerable sobre el mercado a través de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). Por su parte, Irán e Irak, teniendo grandes reservas, buscan ampliar su influencia económica y política mediante la exportación de energía. Los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait mantienen estrategias para diversificar sus

economías, pero sin perder el rol central que el petróleo representa para ellos.

El control o interrupción de estas fuentes puede causar efectos globales inmediatos, como la subida de precios, afectando a países dependientes y generando crisis económicas. Esto genera presiones, amenazas y expresiones que irritan la zona y que generan continuas rispideces que hacen temblar los cimientos de ese rico territorio petrolero.

Por otra parte, tenemos las rutas comerciales y marítimas, que son arterias vitales para el comercio mundial, y quienes poseen sus dominios lo saben muy bien. El comercio global depende de corredores estratégicos en esta región. Por ejemplo, el Canal de Suez, vía crucial que conecta el Mediterráneo con el Mar Rojo, por donde pasa aproximadamente el 12% del comercio marítimo mundial.

El Estrecho de Ormuz, un paso estrecho entre Irán y Omán, por donde transita cerca del 20 % del petróleo mundial. El Mar Rojo y el Golfo de Adén, zonas de tránsito para la exportación desde Asia hacia Europa y América. La estabilidad en estas rutas es vital; cualquier conflicto que las afecte puede paralizar cadenas de suministro globales, afectar mercados y provocar tensiones internacionales.

Por otro lado, tenemos el poder de las influencias religiosas y étnicas. El mosaico que alimenta rivalidades y alianzas es muy violento, aun tratándose de cuestiones supuestamente espirituales. La región es hogar de diversas

comunidades y confesiones. Los chiitas y sunitas representan las dos grandes ramas del Islam, cuya rivalidad política y religiosa alimenta conflictos, pero también alianzas tácticas.

Los kurdos, un pueblo sin estado propio, con presencia en Turquía, Irak, Siria e Irán, buscan autonomía o independencia, generando tensiones con sus países vecinos. Minorías religiosas como cristianos, drusos, yazidíes y otros enfrentan persecución y desarraigo, pero también representan puentes culturales y espirituales.

Irán, como potencia chiita, apoya movimientos y grupos afines, mientras Arabia Saudita y otros países sunitas contrarrestan ese poder mediante alianzas y apoyo a grupos rivales. Estas tensiones se manifiestan en guerras proxy en Siria, Yemen y Líbano.

También tenemos varias crisis humanitarias en el mundo. Todas ellas muy complejas y multifacéticas, impulsadas por conflictos armados, desastres naturales, cambio climático y crisis económicas. Millones de personas se ven desplazadas, sufren hambre, enfermedades y falta de acceso a servicios básicos, lo que requiere una respuesta internacional coordinada.

El conflicto en Yemen lleva nueve años y ha dejado a la mayoría de la población en necesidad de asistencia humanitaria, con altas tasas de desnutrición y desplazamiento. En la República Democrática del Congo, la inseguridad, la violencia y los desastres han desplazado a

millones, dejando a la población vulnerable a enfermedades y falta de acceso a servicios básicos.

En Sudán se vive una crisis humanitaria sin precedentes, con más de 12 millones de personas desplazadas y 30.4 millones en necesidad urgente. En Afganistán, decenas de millones de personas enfrentan hambre y miseria debido al conflicto, el colapso económico, las sequías y las bajas temperaturas.

En Siria, a pesar de la disminución del número de refugiados, el conflicto continúa generando desplazamiento y sufrimiento. En Myanmar, los refugiados rohingya han huido masivamente de la violencia, necesitando protección internacional y asistencia humanitaria. En Ucrania también, la guerra ha generado una crisis humanitaria significativa, con millones de desplazados y necesidad de asistencia.

Por su parte, los desastres naturales relacionados con el clima, como sequías, inundaciones y las cada vez más frecuentes tormentas de diferente magnitud, están exacerbando las crisis humanitarias existentes y creando algunas nuevas. Los fenómenos climáticos extremos causan desplazamientos, pérdida de cosechas y destrucción de infraestructuras.

Esta crisis climática es un fenómeno global con impactos diversos y crecientes. El aumento de la temperatura media, el derretimiento de los glaciares y el aumento del nivel del mar son algunos de los efectos más evidentes.

Fenómenos meteorológicos extremos como olas de calor, sequías, inundaciones y huracanes son cada vez más frecuentes e intensos en muchos países donde antes no sufrían estos problemas.

Estos cambios climáticos tienen consecuencias devastadoras para los ecosistemas y las sociedades humanas, incluyendo la pérdida de biodiversidad y la degradación ambiental, que contribuyen a la escasez de recursos y a la exacerbación de conflictos humanitarios, ya que millones de personas se ven obligadas a abandonar sus hogares, buscando refugio en otros países o dentro de sus propias fronteras.

Las sequías, inundaciones y otros eventos climáticos extremos, cada vez más frecuentes e intensos, afectan la producción agrícola, reduciendo la disponibilidad de alimentos y exacerbando la inseguridad alimentaria. Esta inseguridad alimentaria y la falta de acceso a alimentos nutritivos son problemas graves en muchas crisis.

El hambre y la pobreza en el mundo son problemas complejos con múltiples causas y graves consecuencias. Cerca de 733 millones de personas sufren hambre, y la inseguridad alimentaria y la desnutrición están empeorando en muchas regiones. Las malas condiciones de vida, la falta de acceso a agua potable y saneamiento, y la falta de atención médica aumentan la propagación de muchas enfermedades.

Las epidemias y los desplazamientos están convergiendo para provocar una crisis sanitaria mundial sin

precedentes, marcada por los 305 millones de personas que en 2025 van a necesitar urgentemente ayuda humanitaria. Ante tal situación, la Organización Mundial de la Salud (OMS) está solicitando a todos los países adheridos la colaboración económica para paliar esta situación.

Los acontecimientos actuales que he mencionado brevemente, porque ciertamente son muchos más, están provocando un llamado a la Iglesia a vivir con ojos abiertos, discerniendo los tiempos y orando con intensidad. Los enfrentamientos visibles y las crisis globales son solo la punta de un iceberg espiritual. El enemigo busca dividir, sembrar odio y destruir, pero el evangelio es el único mensaje capaz de restaurar corazones, unir pueblos y traer verdadera paz.

Ciertamente estos son tiempos de tormenta, no solo en lo político y militar, sino también en lo espiritual. La soberbia y la ambición que impulsan las luchas por el poder son reflejos de un corazón humano alejado de Dios. Sin embargo, esta realidad también es una oportunidad para que la Iglesia se levante, para que ejerza su papel profético, de intercesión y testimonio a las naciones.

Como creyentes, estamos llamados a no ser espectadores pasivos. Debemos orar con fervor por los gobernantes y por los pueblos afectados, clamando por sabiduría, misericordia y una transformación verdadera que conduzca a la paz duradera. También debemos vivir y predicar el Reino de Dios aquí y ahora, mostrando que hay

un camino diferente: el de la reconciliación, la justicia y el amor.

En medio del ruido de los cañones y el fragor de las batallas, la voz de la Iglesia debe ser clara: solo en Cristo hay esperanza y seguridad verdadera. Mientras las naciones se confabulan, nosotros proclamamos que Él es el Rey soberano, y Su Reino está cada vez más cerca de manifestarse con toda plenitud.

"Ya se acerca el fin de todas las cosas. Así que, para orar bien, manténganse sobrios y con la mente despejada."
1 Pedro 4:7

Referencias y fuentes:

- SIPRI Yearbook 2024 – Gasto militar y tendencias globales. https://sipri.org
- Council on Foreign Relations – Perfil de potencias mundiales. https://www.cfr.org
- The Diplomat – Análisis geopolítico de Asia y Pacífico. https://thediplomat.com
- Brookings Institution – Estudios sobre relaciones internacionales. https://www.brookings.edu
- BBC News – Reportes globales de seguridad y defensa. https://www.bbc.com/news
- Reuters – Noticias internacionales y análisis. https://www.reuters.com
- International Energy Agency – Reportes sobre el mercado energético global y su geopolítica.
- United Nations – Informes sobre derechos humanos y seguridad en el Medio Oriente.
- Brookings Institution – Estudios sobre seguridad y política regional.
- Council on Foreign Relations – Análisis de alianzas y conflictos.
- BBC News – Cobertura de eventos internacionales y análisis.
- Reuters – Noticias y reportajes especializados.

Capítulo cuatro

TORMENTAS DEL SISTEMA SOCIAL

"También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita."
2 Timoteo 3:1 al 5 NVI

Los cambios tecnológicos, sociales y económicos marcan cada día nuestra realidad, proporcionándonos una mejor calidad de vida. Sin embargo, entre esos avances que supuestamente deberían mejorar nuestro bienestar, se revelan también grandes desafíos negativos que afectan a millones de personas. La pobreza, el hambre, las enfermedades, la desigualdad y las crisis familiares no son solo estadísticas

frías, sino rostros humanos que claman por justicia, compasión y transformación.

En este capítulo deseo invitar a la Iglesia a mirar más allá de las cifras, a comprender la complejidad de estos problemas y a asumir con urgencia su papel profético y práctico. Porque no basta con lamentar las condiciones actuales; el pueblo de Dios está llamado a ser luz que ilumine en la oscuridad, esperanza que restaure y voz que clame por la dignidad y el bienestar de todos.

Los avances científicos y tecnológicos no son nuestros enemigos en la vida diaria, ya que nos abren horizontes inéditos. Pero eso no quita que millones de personas sigan atrapadas en ciclos de pobreza, hambre y marginación. Estos problemas, a menudo invisibles para muchos, constituyen heridas abiertas que afectan a la humanidad entera, recordándonos que el progreso no es uniforme ni accesible para todos.

Veamos algunas estadísticas de una realidad persistente y global que duele en extremo: en el ámbito económico, el mundo enfrenta una creciente desigualdad que hiere y divide. El último informe del Banco Mundial revela que el 1 % más rico de la humanidad concentra más del 40 % de la riqueza global, mientras que más de 700 millones de personas viven en pobreza extrema, luchando por cubrir sus necesidades básicas. Esta concentración de riqueza no solo perpetúa la marginación, sino que también distorsiona la

política y la justicia social, configurando un sistema que favorece a pocos y excluye a muchos.

Las consecuencias de esta brecha se reflejan en el acceso a la educación, la salud y las oportunidades laborales, generando frustración y conflicto. La Biblia es clara: la opresión y la injusticia son abominaciones ante los ojos de Dios. Las Escrituras nos llaman a defender a los pobres y a hablar por aquellos que no tienen voz.

"¡Levanta la voz por los que no tienen voz! ¡Defiende los derechos de los desposeídos! ¡Levanta la voz, y hazles justicia! ¡Defiende a los pobres y necesitados!"
Proverbios 31:8 y 9 NVI

La Iglesia debe ser una fuerza transformadora en el corazón de las personas. Una transformación que produzca una mentalidad de bendición, de progreso, de integridad, de avance. Una mentalidad de fe, capaz de sacar a la gente de la pobreza, impulsada por la naturaleza de bendición impartida por Dios.

En 2025, según datos del Banco Mundial, más de 700 millones de personas, cerca del 9 % de la población mundial, viven con menos de 2,15 dólares diarios, el umbral internacional de pobreza extrema. Esto significa que cerca de una de cada once personas en el planeta enfrenta dificultades extremas para cubrir necesidades básicas como alimento, vivienda y acceso a servicios.

Las regiones más afectadas son África Subsahariana, donde más del 40 % de la población vive en pobreza extrema, y partes de Asia del Sur. En países como Nigeria, Etiopía o Bangladés, la pobreza se mezcla con conflictos armados, desastres naturales y crisis políticas, generando un cóctel que dificulta cualquier avance.

Por ejemplo, en Nigeria, a pesar de ser la economía más grande de África, más de 90 millones de personas viven en pobreza multidimensional, enfrentando carencias en educación, salud y vivienda. En contraste, en países desarrollados, la pobreza suele tener otras manifestaciones, como la exclusión social y la falta de acceso a servicios adecuados, evidenciando que el problema es global y multifacético.

El hambre afecta a más de 800 millones de personas, según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). Esto equivale a casi el 10 % de la humanidad que sufre inseguridad alimentaria severa, sin saber cuándo podrán volver a comer. En 2024, más de 45 millones de niños menores de 5 años padecían retraso en el crecimiento debido a la desnutrición crónica, lo que impacta negativamente en su desarrollo físico e intelectual.

Los conflictos prolongados en países como Yemen, Siria y Sudán del Sur han provocado crisis alimentarias masivas. En Yemen, nueve años de guerra civil han dejado a más del 80 % de la población en necesidad de asistencia humanitaria urgente. La combinación de violencia, bloqueo

de rutas y colapso económico ha convertido a este país en el epicentro de una crisis humanitaria mundial.

Además, el cambio climático empeora estas condiciones. Sequías prolongadas en África Oriental y el Cuerno de África han provocado la pérdida de cosechas y ganado, dejando a millones sin sustento. En 2023, la ONU advirtió que el número de personas en situación de inseguridad alimentaria grave había aumentado por primera vez en una década.

La educación es clave para romper los ciclos de pobreza, pero los números muestran una realidad preocupante. Según UNICEF, alrededor de 260 millones de niños y jóvenes están fuera de las aulas en 2025. Esto se debe a múltiples factores: pobreza, desigualdad de género, conflictos y falta de infraestructura.

El acceso a la educación es uno de los pilares fundamentales que sostienen el futuro. Más de 250 millones de niños y jóvenes en el mundo no acceden a una educación formal o están en riesgo de abandono escolar, según datos de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura). La brecha digital agrava esta problemática, dejando a millones sin las herramientas necesarias para integrarse plenamente en la sociedad del conocimiento.

Esta exclusión educativa no solo limita el desarrollo individual, sino que también perpetúa ciclos de pobreza y

desigualdad. La Iglesia puede y debe ser un actor clave en esta misión, promoviendo la formación integral basada en principios bíblicos, colaborando con iniciativas comunitarias y defendiendo el derecho a una educación de calidad para todos.

En países afectados por la guerra, como Siria y Afganistán, la destrucción de escuelas y la inseguridad han dejado a generaciones enteras sin acceso a la educación formal. Las niñas y mujeres jóvenes son particularmente vulnerables a ser excluidas, perpetuando aún más la desigualdad.

En zonas rurales y comunidades indígenas, la falta de recursos y de maestros capacitados dificulta gravemente la calidad educativa. Además, la brecha digital, la carencia de acceso a tecnologías y conectividad, impide que millones puedan aprovechar las herramientas modernas de aprendizaje, especialmente en contextos posteriores a la pandemia.

Por su parte, la familia, como célula fundamental de la sociedad, sufre profundamente los impactos de la pobreza, la violencia y la inestabilidad social. Según datos de la ONU, más del 30 % de los hogares en países en desarrollo viven en condiciones precarias, con dificultades para cubrir necesidades básicas y afrontar situaciones de violencia doméstica.

La migración forzada, producto de conflictos y pobreza, separa a miles de familias, dejando a niños y ancianos en situaciones de extrema vulnerabilidad. En muchos lugares, la desintegración familiar aumenta la exposición de los menores a la explotación, el trabajo infantil y el abandono escolar.

La violencia doméstica afecta a millones, principalmente mujeres y niñas, agravando la crisis social y emocional en hogares ya frágiles. La falta de apoyo psicológico y social hace que estas heridas sean profundas y duraderas.

En el corazón de tantas crisis sociales está la dolorosa realidad de la violencia de género. Una de cada tres mujeres ha sufrido violencia física o sexual a lo largo de su vida: una estadística alarmante que refleja una pandemia silenciosa y devastadora, según ONU Mujeres. Esta violencia desgarra familias, destruye vidas y afecta comunidades enteras, generando heridas profundas que requieren sanidad y justicia.

El evangelio proclama la dignidad inviolable de cada persona. La Iglesia está llamada a ser refugio seguro, a denunciar estas injusticias y a ofrecer caminos de restauración y esperanza. La defensa de los derechos humanos y el respeto al prójimo deben ser pilares inquebrantables de nuestro testimonio cristiano.

La salud global enfrenta múltiples retos. La esperanza de vida promedio mundial es de aproximadamente 73 años, pero con grandes disparidades. En países de altos ingresos, esta supera los 80 años, mientras que en naciones como Chad o Sierra Leona apenas alcanza los 55.

Las enfermedades prevenibles siguen cobrando vidas. La malaria, por ejemplo, causó en 2023 alrededor de 600.000 muertes, principalmente en África Subsahariana. El VIH/SIDA continúa siendo una amenaza, con cerca de 38 millones de personas viviendo con el virus. Y aunque el acceso a tratamientos ha mejorado, la prevención y la educación siguen siendo insuficientes en muchas regiones.

La pandemia de COVID-19 reveló las fragilidades de los sistemas de salud y amplió las desigualdades existentes. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), unos 14,9 millones de personas murieron en el mundo a causa del COVID-19, entre el 1 de enero de 2020 y el 31 de diciembre de 2021. Estos nuevos estimados del organismo suponen 9,5 millones más que la cifra oficialmente reportada durante ese período, que ascendía a 5,4 millones. A día de hoy, más de 90 países aún enfrentan dificultades para vacunar a su población o proporcionar servicios médicos básicos.

En zonas de conflicto, la atención médica es casi inexistente, y las infraestructuras hospitalarias están destruidas o saturadas. Además, la salud mental emerge como una crisis silenciosa, con un aumento significativo en trastornos relacionados con la ansiedad y la depresión,

especialmente entre jóvenes y personas desplazadas por conflictos o pobreza.

Los sistemas sanitarios en muchos países, especialmente en aquellos con recursos limitados, están al borde del colapso frente a crisis recurrentes. Enfermedades olvidadas resurgen, y la malnutrición, el acceso deficiente al agua potable y la falta de infraestructura sanitaria agravan aún más la situación.

En este escenario, la Iglesia debe ser un baluarte de esperanza y acción: orar por sanidad, promover la solidaridad y acompañar con compasión práctica a los más vulnerables. Como enseña **Santiago 2:14 al 17**, la fe se manifiesta en obras que transforman vidas.

Estos números y realidades representan mucho más que estadísticas: son vidas, rostros, historias. Como creyentes, somos llamados a mirar con compasión y actuar con justicia. La Iglesia no puede ser un espectador indiferente ante estos dramas; está llamada a ser luz, refugio y esperanza.

En un mundo donde la tormenta de la injusticia, la desigualdad y el sufrimiento arrecia, la fe nos sostiene y nos impulsa a ser agentes de cambio. Como nos enseña la Escritura: ***"El que cierra sus oídos al clamor de los pobres, también él clamará y no será oído"*** **(Proverbios 21:13)**.

Por eso, en estos tiempos de tormenta, la oración ferviente debe ir acompañada de acciones concretas: la ayuda

a los más necesitados, la denuncia de la injusticia y la promoción de un mundo más justo y humano.

Al comienzo de este capítulo mencioné los avances científicos y tecnológicos que han transformado radicalmente nuestra forma de vivir, trabajar y relacionarnos. La conectividad global, la inteligencia artificial y la revolución digital han abierto horizontes insospechados, pero también han puesto sobre la mesa retos éticos, sociales y espirituales que requieren de nuestra atención profunda y discernimiento.

El progreso no está exento de sombras. El mundo enfrenta hoy peligros invisibles que se tejen tras las pantallas y redes digitales, donde la libertad humana y la dignidad son puestas a prueba.

Según el informe anual de Freedom House de 2024, más de setenta países emplean sistemas avanzados de vigilancia masiva que restringen la libertad de expresión, y vigilan en silencio la vida privada de millones de personas. Esta realidad del "gran hermano digital" no es exclusiva de regímenes autoritarios; incluso en democracias existen preocupaciones crecientes sobre la manipulación de la información, la desinformación viral y la fragmentación social.

Vivimos tiempos de vigilancia sigilosa. Tiempos en que los muros que separaban la intimidad del dominio público han sido derribados, no con violencia, sino con

promesas de comodidad, conexión y eficiencia. El sistema, esa red invisible de intereses globales que entrelaza gobiernos, corporaciones, organismos internacionales y élites tecnológicas, ha extendido sus tentáculos sobre cada rincón de la vida humana. Ya no se trata de teorías: es una realidad palpable, verificable y, sobre todo, inquietante.

Cada dispositivo que portamos, cada aplicación que instalamos, cada clic que hacemos, deja una huella que alimenta un enorme sistema de control. La libertad, tal como fue entendida por generaciones pasadas, hoy es sustituida por una sensación de elección dentro de un marco cada vez más estrecho. Se nos dice que somos libres, mientras se recopilan nuestros datos, se perfilan nuestras emociones y se predicen nuestros comportamientos con una precisión escalofriante.

La vigilancia digital ya no es ciencia ficción. Es política de Estado en muchas naciones y política de mercado en todas las demás. El reconocimiento facial, el rastreo biométrico y la recopilación masiva de información han convertido a millones de personas en objetos observables y analizables. La privacidad, una vez considerada un derecho, se ha transformado en un lujo que pocos realmente poseen.

Pero este control no se limita a la información. Se extiende al pensamiento, al discurso, a la verdad misma. Vivimos en un tiempo donde las ideas son vigiladas, donde una opinión contraria al sistema puede ser borrada, desmonetizada o tachada de peligrosa. No es la verdad la que

prevalece, sino la narrativa dominante. Y el que controla la narrativa, controla la conciencia colectiva.

En paralelo, la estructura financiera del mundo está cambiando aceleradamente. Ya no es solo el dinero físico el que circula, sino un entramado digital donde cada transacción es trazable. Se proyecta un futuro cercano en el que el efectivo desaparezca por completo, y con él, la posibilidad de operar por fuera del sistema.

Las monedas digitales de los bancos centrales, actualmente en prueba en muchos países, prometen comodidad, pero ocultan un potencial aterrador: la capacidad de limitar lo que compramos, dónde lo compramos y cuándo lo compramos. Una sociedad sin efectivo es una sociedad completamente controlable.

Los sistemas de salud también han sido instrumentalizados como puertas de acceso o exclusión. La pandemia mundial dejó ver cómo un pasaporte sanitario podía convertirse en un filtro social. Y lo más preocupante es que muchos aceptaron esta forma de segregación no solo con resignación, sino con entusiasmo, convencidos de que obedecer al sistema era equivalente a amar al prójimo. Así, se entrena a las masas para una sumisión futura aún más profunda.

Lo que antes era visto como distopía hoy se presenta como progreso. El control climático, las restricciones alimentarias, el reemplazo de la carne por insectos, la

modificación genética de alimentos, la imposición de ideologías en la educación y el entretenimiento. Todo está siendo presentado como parte de una necesaria "transformación del mundo". Y sin embargo, en el fondo de todo ello hay una agenda: una reingeniería total del ser humano, de su conducta, de sus creencias, y de su dependencia espiritual.

No es casual que el Foro Económico Mundial hable de una "cuarta revolución industrial", donde el ser humano esté fusionado con la tecnología, donde todo esté conectado, regulado y evaluado. En esta visión del futuro, ya no existirán ciudadanos, sino usuarios. No habrá pueblos, sino poblaciones gestionadas. No habrá individuos libres, sino consumidores programables.

Un ejemplo de esto es el proyecto, ya en marcha de manera experimental, de la "ciudad de los 15 minutos" o "ciudad del cuarto de hora". Es un concepto de planeamiento urbanístico que propone que la mayoría de las necesidades y servicios de los ciudadanos, como el trabajo, las compras, la educación, los centros de salud o el ocio, estén a una distancia caminable o en bicicleta de no más de 15 minutos desde cualquier punto de la ciudad. Lo que pretende presentarse como un modelo de seguridad y desarrollo sostenible, en realidad, encierra un objetivo más profundo: el control absoluto sobre las personas que la habiten.

La Iglesia no puede mirar hacia otro lado. Todo este entramado de control es la antesala del sistema profético

descrito en Apocalipsis. Un sistema donde nadie podrá comprar ni vender sin estar registrado, sin tener la marca de la bestia, sin rendir algún tipo de obediencia **(Apocalipsis 13:16 y 17)**. El mundo se está preparando para ese día, y lo hace en nombre de la paz, del progreso, de la seguridad y del cuidado del planeta. Pero detrás de esas nobles palabras se oculta un diseño perverso: el reemplazo de la soberanía divina por el control total del hombre.

Este es el momento para que los creyentes despierten. No con miedo, sino con discernimiento. No con violencia, sino con verdad. La Iglesia debe formar cristianos resistentes, que no dependan del sistema, sino del Reino; que vivan con los ojos abiertos, que eduquen con sabiduría, que siembren el evangelio en la comunidad, que prediquen con claridad.

No podemos detener el cumplimiento profético, pero sí podemos ser fieles en medio de él. Podemos ser luz cuando todo se vuelva oscuridad. Porque mientras el sistema intenta marcar a los hombres con su sello, el Cordero sigue llamando a los suyos a llevar Su nombre sobre la frente **(Apocalipsis 14:1)**. Y ese es el sello que prevalecerá.

En este contexto, la Iglesia tiene un rol crucial como guardiana de la verdad y promotora de un uso ético y humano de la tecnología. No se trata de rechazar el progreso, sino de ser luz y sal en medio de un mundo saturado de información falsa y manipulación. El apóstol Pablo nos exhorta en **Efesios 5:15 y 16**, a caminar con sabiduría, aprovechando bien el tiempo. Es tiempo de despertar, de educar a las nuevas

generaciones y de orar para que la tecnología sirva para edificar y no para destruir.

Frente a estos desafíos globales, no podemos ser indiferentes ni complacientes. Estos no son solo problemas sociales o políticos, sino campos de batalla espirituales donde se enfrentan la luz y las tinieblas. En tiempos de tormenta, la misión de la Iglesia se hace aún más urgente: orar sin cesar, interceder con poder, enseñar con sabiduría y vivir el evangelio con coherencia.

Cada problema social, cada crisis humana, es también una oportunidad para mostrar el amor de Cristo en obras concretas y en palabras que edifiquen. Que esta generación se levante con valentía, consciente de que, aunque las sombras sean profundas, la luz que proviene del Altísimo no puede ser apagada. En Él encontramos la fuerza para seguir adelante y la esperanza para transformar nuestro tiempo.

Debemos caminar con valentía y amor, denunciando la injusticia, defendiendo la verdad y proclamando que en Cristo solo hay esperanza verdadera y paz duradera. Aunque las naciones se confabulen, como nos advierte la Palabra de Dios, nuestro Rey soberano gobierna con justicia y amor, y Su Reino no será jamás conmovido.

Que esta generación se levante con ojos abiertos y corazones encendidos, siendo luz en medio de la oscuridad y sal que dé sabor a un mundo necesitado de la verdad y el amor

de Dios. En medio de las tormentas actuales, la promesa de Jesús permanece como nuestra esperanza y nuestra fuerza:

"Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."
Mateo 28:20

Referencias sugeridas respecto de este capítulo:

- Banco Mundial (2025). Informe sobre pobreza global. Estimación actual: más de 700 millones de personas viven con menos de USD 2,15 al día.
- FAO (2024). Estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo. Más de 800 millones de personas sufren inseguridad alimentaria severa.
- UNICEF (2025). Datos sobre exclusión educativa infantil: alrededor de 260 millones de niños y jóvenes están fuera de la escuela.
- UNESCO (2025). Informe mundial sobre educación. Más de 250 millones de niños y adolescentes están en riesgo de abandono escolar o sin acceso a educación de calidad.
- ONU Mujeres (2024). Una de cada tres mujeres ha sufrido violencia física o sexual a lo largo de su vida.
- OMS (2023). Informe de salud global. Estimación de 14,9 millones de muertes por COVID-19 entre 2020 y 2021.
- Freedom House (2024). Freedom in the World Report. Más de 70 países utilizan tecnologías de vigilancia masiva.
- Foro Económico Mundial (2024). Declaraciones sobre la Cuarta Revolución Industrial, la integración hombre-máquina y la urbanización basada en el modelo de "ciudades de 15 minutos".
- ONU (2024). Informes sobre condiciones precarias de vivienda y desintegración familiar en países en desarrollo.

Capítulo cinco

EL SISTEMA Y LA GLOBALIZACIÓN

"Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios."
2 Tesalonicenses 2:3 y 4

Como podemos ver claramente, estamos en un mundo que se entrelaza cada vez más, donde las fronteras han dejado de ser líneas que dividen geografías para convertirse en tejidos delicados que conectan economías, culturas y decisiones políticas.

La globalización no es solo un concepto académico o económico; es una realidad palpitante que define cómo vivimos, qué comemos, cómo trabajamos, qué creemos y hasta cómo sufrimos. En este gran tablero mundial, ninguna

nación es una isla, y ningún pueblo puede vivir completamente aislado del resto del planeta.

El sistema global, en su apariencia eficiente y cooperativo, ha creado una interdependencia tan compleja que basta con un susurro en un rincón del mundo para provocar un estruendo en otro. Una crisis económica en una potencia puede provocar hambre en regiones vulnerables.

Una guerra en el hemisferio oriental puede desencadenar oleadas migratorias en el occidental. Las decisiones tomadas por un puñado de líderes en salas de poder tienen el potencial de alterar la vida de millones en los lugares más humildes del planeta.

No estamos ante un simple fenómeno económico, sino ante un espíritu de época que moldea valores, redefine prioridades y arrastra a las sociedades hacia una misma corriente, muchas veces sin dirección clara. En este sistema interconectado, las decisiones políticas han dejado de tener efectos locales para convertirse en movimientos que reconfiguran el equilibrio de fuerzas a nivel mundial.

Las alianzas estratégicas, los tratados comerciales, las sanciones internacionales, las intervenciones militares o los acuerdos diplomáticos tienen hoy una carga de consecuencias impredecibles y, muchas veces, irreversibles.

Un acuerdo firmado en los pasillos de las grandes capitales puede significar estabilidad para algunos y opresión

para otros. La política ha trascendido su función de gobierno interno y se ha convertido en el arte de maniobrar en un escenario global de tensiones, intereses cruzados y presiones ideológicas. En ese escenario, la Iglesia necesita discernimiento profético, porque la neutralidad ya no es posible: todo tiene peso espiritual, todo tiene consecuencias eternas.

La diplomacia, en este contexto, parece jugar el papel de un equilibrista que camina sobre una cuerda cada vez más delgada. Hay una apariencia de diálogo y consenso, pero bajo la superficie laten ambiciones, controles y silencios estratégicos.

La intervención internacional, ya sea humanitaria, militar o económica, se ha convertido en una herramienta de doble filo: puede detener una masacre, pero también puede encubrir una conquista. Puede restaurar, pero también imponer. A veces, bajo el lenguaje de la paz, se ocultan operaciones de dominio cultural, imposición ideológica o acceso a recursos estratégicos.

En otros casos, el abandono diplomático revela una profunda hipocresía global, donde se elige cuidadosamente qué conflictos merecen atención y cuáles deben ser ignorados. En general, la gente parece elegir la ignorancia o la desinformación. Es como si la realidad golpeara con tal fuerza, que muchos prefieren creer que todo esto no es más que parte de supuestas conspiraciones.

En medio de esta arquitectura mundial, el papel de la Iglesia no puede ser el de un espectador distraído. No fuimos llamados a la pasividad, sino a ser la luz y la sal del mundo. Si una luz no se proyecta, pierde su utilidad y si una sal pierde su sabor, no sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres **(Mateo 5:13)**. La Iglesia debe recuperar su rango de autoridad y prestigio ante la sociedad en general. Para esto, primeramente nosotros debemos estar claros entre la verdad y la mentira, entonces sí, gestionar con fe, la perfecta voluntad de Dios.

Puede que la globalización haya traído a la Iglesia oportunidades de alcance misionero como nunca antes en la historia, pero también ha construido un sistema que busca uniformar las conciencias, disolver las identidades espirituales y ahogar las voces disidentes. No podemos ignorar todo lo que se está maquinando desde las sombras.

La Iglesia debe aprender a moverse con sabiduría dentro del sistema, sin dejarse absorber por él. Debe entender el lenguaje de los tiempos, sin olvidar el lenguaje eterno del Reino. Debe leer los periódicos con una mano, y las Escrituras con la otra. Porque mientras los imperios discuten sobre tratados, el Cordero avanza en el proceso de apertura de los sellos, tal como se describe en el Apocalipsis.

Debemos discernir qué parte de la globalización es puente, y qué parte es trampa. Discernir qué intervención internacional es respuesta de misericordia, y cuál es estrategia de control. Discernir qué decisiones políticas

conducen a la justicia, y cuáles pavimentan caminos hacia la opresión. No es tarea fácil, pero es una tarea que la Iglesia debe asumir con profundidad, con valentía, y sobre todo, con una conexión firme con la verdad del Espíritu.

La tormenta que se cierne sobre las naciones no es solo económica o bélica, sino más bien espiritual. Y en tiempos de tormenta, la voz profética de la Iglesia debe levantarse, no como un simple eco del sistema, sino como lámpara encendida en medio de la oscuridad global. Porque el Reino al que pertenecemos no será conmovido, aunque todo lo demás tiemble **(Salmo 82:5)**.

"Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición."
2 Tesalonicenses 2:3

Mientras el mundo avanza en nombre del progreso, una sombra se despliega silenciosamente sobre las naciones. No se trata simplemente de una sucesión de ideas modernas ni de un cambio inevitable en la historia de la humanidad. Es una agenda: "la agenda globalista".

Esta es una estrategia diseñada con precisión, y me refiero a ella extensamente en mi libro titulado: "Sesgo de normalidad", que les recomiendo leer para un entendimiento más profundo de los tiempos que estamos viviendo y del avance de esta agenda con sus perversos detalles.

Esta agenda se presenta dentro de un sistema que pretende mostrarse inclusivo, pero que es profundamente exclusivo con todo lo que huela a verdad eterna. Con rostro de compasión y lenguaje de derechos, esta construcción lleva en su seno la semilla de una rebelión espiritual a gran escala.

No se trata de una conspiración imaginaria, sino de una construcción ideológica que va tomando forma en tratados, legislaciones, organismos supranacionales y movimientos culturales que no ocultan su desprecio por los principios de Dios. Las familias más poderosas, y los grupos de elite están haciendo su perverso trabajo desde las sombras.

Los valores eternos son ridiculizados. Las definiciones naturales, reemplazadas. La moral, relativizada. Y lo sagrado, convertido en objeto de burla. Esta agenda no solo propone cambios: impone transformaciones. Y lo hace desde las cumbres del poder, valiéndose de la educación, los medios de comunicación, la política y las redes sociales para moldear la conciencia colectiva del mundo.

Uno de los frentes más visibles de esta batalla es la lucha global por imponer lo que podríamos llamar derechos humanistas y absolutamente antibíblicos. El sistema habla de libertad, pero es una libertad que oprime y esclaviza. Habla de inclusión, pero excluye a quienes se aferran a la verdad de Dios. Pretenden que respetemos sus supuestas libertades, pero pretenden prohibir que expresemos nuestra opinión.

Las grandes corporaciones que manejan el poder económico, ejercen su presión para que los países legislen a favor de lo antinatural, celebrando prácticas que la Escritura denuncia como pecado. Se silencia a quienes advierten con amor, y se persigue, legal o culturalmente, a los que se niegan a someterse a la narrativa dominante.

El derecho a la vida es reemplazado por la cultura del aborto, disfrazado de derecho de las mujeres. La familia, diseñada por Dios como base de la sociedad, es desmontada pieza por pieza. La infancia se convierte en blanco de una ingeniería ideológica sin precedentes. Y todo esto, bajo el discurso del progreso y la compasión.

La verdad es que, detrás de estas supuestas buenas intenciones, se esconden planes que, a la luz del discernimiento espiritual, tienen raíces abiertamente diabólicas. No es simplemente un cambio de época: es una rebelión organizada contra el Creador. No es paranoia de quienes anhelamos vivir el Reino; es una verdad presente que no debemos ignorar.

Como en Babel, los hombres se han unido, no para buscar a Dios, sino para reemplazarlo. El proyecto globalista no es neutral. Tiene ídolos, tiene dogmas, tiene profetas, tiene altares. Solo que sus templos están disfrazados de universidades, parlamentos, medios de comunicación y plataformas digitales. Allí se sacrifican valores, se cancelan voces, se excomulga al que no se rinde a su credo laico.

La cultura contemporánea ha sido cuidadosamente moldeada por esta agenda, y las leyes ya no reflejan el bien común, sino una visión ideológica que contradice las Escrituras en su núcleo. El pecado ya no solo es permitido: es celebrado. Y la santidad, no solo es rechazada, sino que es criminalizada.

La luz es llamada oscuridad, y a la oscuridad se la cataloga como libertad. A lo bueno se lo llama malo y a lo malo "derechos". Estamos presenciando una generación que no solo se aparta de Dios, sino que se organiza para resistirlo. No se trata de una simple decadencia moral, sino de una construcción cultural anticristiana, que busca arrinconar a la Iglesia y forzarla a elegir entre su fidelidad a Cristo o su aceptación social.

Ante esta realidad, no podemos callar ni ser ingenuos. El discernimiento es más necesario que nunca. Porque la agenda globalista no se detendrá por cortesía; solo retrocede cuando encuentra resistencia. Y esa resistencia no debe ser violenta ni carnal, sino espiritual, firme y saturada de verdad, no debemos ser cómplices de la cultura de este perverso sistema, ni amigarnos con ella.

No debemos imitar el lenguaje del sistema, sino hablar con la autoridad del Reino. No debemos disfrazar la verdad para agradar a los hombres, sino proclamarla con gracia y firmeza para agradar a Dios. No podemos ser espectadores pasivos mientras se reescribe la moralidad mundial con tinta de confusión y tinta de sangre inocente.

No debemos adaptarnos para sobrevivir; debemos mantenernos para vencer. Porque aunque las leyes cambien, el corazón de Dios no cambia. Aunque las culturas giren, la Palabra permanece. Aunque la presión aumente, el Espíritu Santo sigue capacitando a un remanente para ser fiel.

La agenda globalista puede parecer poderosa, pero su final ya fue escrito. Y mientras se acerca ese día glorioso en que todo poder contrario será derribado, la Iglesia debe resistir, proclamar, amar y denunciar. Porque en tiempos de tormenta, el testimonio fiel es más necesario que nunca.

Por ahora, estamos cada vez más cerca del ojo de la tormenta, porque todo sigue dirigiéndose hacia un Nuevo Orden Mundial. Un gobierno que pondrá en alto al anticristo y generará un sistema de control y vigilancia global. Esto, que hace algunas décadas habría parecido una utopía o ciencia ficción, hoy es no solo posible, sino inminente; porque ya no hay límites, ni para la maldad, ni para el ingenio humano respecto del pecado.

Las nuevas tecnologías nos prometieron libertad, conexión y eficiencia. Y, en gran medida, cumplieron su promesa. Vivimos más comunicados que nunca, con la información al alcance de un clic, y dispositivos que simplifican nuestra vida. Pero, en medio de ese avance brillante, se ha levantado un sistema invisible: una red que atrapa y observa, que registra y perfila, que monitorea cada paso con una precisión impensable hace apenas unas décadas.

Estamos frente a una revolución digital que, en nombre de la seguridad y la comodidad, ha abierto las puertas a una forma moderna de esclavitud: “la vigilancia total”. El mundo se ha acostumbrado a ser observado. Las cámaras ya no solo están en las calles, sino también en nuestros bolsillos. Los dispositivos que usamos para comunicarnos son, a su vez, los que nos rastrean. Las plataformas digitales donde compartimos pensamientos e ideas son las mismas que clasifican, censuran y manipulan.

Nada escapa al ojo digital: cada compra, cada búsqueda, cada preferencia, cada conversación, cada ubicación es recopilada, almacenada y analizada. La privacidad ha muerto, pero su funeral ha sido silencioso, decorado con “emojis” y “likes”.

Detrás de este nuevo orden digital, se gesta una realidad aún más oscura: “el control”. No un control agresivo al estilo de las dictaduras del pasado, sino uno sutil, inteligente, algorítmico. Ya no es necesario que un régimen reprima físicamente si puede moldear las conciencias desde las pantallas.

No es necesario el exilio cuando pueden cancelarnos con una sola decisión. No es preciso encarcelar si pueden bloquear nuestra cuenta, nuestro acceso, nuestra existencia digital. En esta nueva era, el poder no solo se impone con armas, sino con datos. Quien controla la información controla la percepción. Y quien controla la percepción, gobierna el mundo.

Lo más preocupante es que este sistema no es solo técnico, sino que tiene implicaciones espirituales profundas. No se trata solo de redes tecnológicas, sino de una red ideológica donde el pensamiento cristiano bíblico es cada vez más considerado peligroso, radical o retrógrado.

Las plataformas se convierten en jueces. Los algoritmos actúan como filtros. Grandes corporaciones, en alianza con gobiernos y organismos internacionales, establecen lo que puede decirse y lo que debe silenciarse. La libertad de expresión se convierte en una concesión, no en un derecho. Y la fe cristiana, especialmente aquella que no se adapta al discurso del mundo, está bajo vigilancia.

Estamos entrando en una etapa en la que no solo se vigila el cuerpo, sino también las creencias. No solo se rastrea el comportamiento, sino la convicción. Las bases de datos del mundo digital no solo saben lo que hacemos, sino también en lo que creemos. Todos lo sabemos, pero demasiados hijos de Dios eligen ignorar el tema. Más que preocupación, muchos lo toman con risas, o lo ven como algo curiosamente gracioso.

¿Y qué pasará cuando esas convicciones no sean compatibles con la narrativa dominante? ¿Qué ocurrirá cuando los que aman la verdad deban elegir entre obedecer a Dios o participar del sistema? La marca del control ya está en prueba. Y aunque aún no se ha manifestado en su plenitud profética, su sombra ya cubre la tierra.

La Iglesia debe despertar, no con temor, sino con discernimiento. No con paranoia, sino con sabiduría. Porque aunque el sistema quiera marcar, Dios ya ha sellado a los suyos. Aunque el mundo quiera controlar, Cristo es quien gobierna. Pero no podemos vivir dormidos mientras se construye una torre de control sobre nuestras cabezas. Es tiempo de predicar, de formar, de resistir.

Es tiempo de volver a las Escrituras con más profundidad que nunca. Es tiempo de valorar la comunión, no solo virtual, sino real. Es tiempo de enseñar a las nuevas generaciones que la verdadera libertad no está en los dispositivos, sino en la verdad que hace libres.

Tampoco debemos espiritualizar esto gritando "Cristo viene pronto" y nada más. Hay demasiados pastores que usan este concepto como un latiguillo de advertencia, pero eso es obrar con gran mediocridad espiritual. La mayoría de los líderes espirituales hoy no están preparados con verdadero conocimiento escatológico; por eso repiten esa frase como un resumen de la necesidad de que la gente se prepare, pero la verdad es que no saben para qué.

La vigilancia global puede ver nuestros rostros, pero no puede leer nuestros corazones. Puede rastrear nuestros movimientos, pero no puede detener nuestro clamor. Puede controlar los sistemas, pero no puede detener la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas.

En estos tiempos de tormenta, cuando el mundo se llena de sensores y satélites, la Iglesia debe levantar su mirada al cielo, donde no hay sombra de variación ni amenaza de censura. Allí, en la presencia de Dios, seguimos siendo verdaderamente libres. Sin embargo, no debemos hacer esto sin indagar lo que ocurre en el mundo ni sin escudriñar los movimientos futuros de los santos.

Los antiguos imperios buscaban el dominio mediante la fuerza, las conquistas y el sometimiento de pueblos. Hoy, ese sueño de dominio ha mutado. Ya no se levanta con espadas, sino con acuerdos multilaterales, organismos internacionales, tratados climáticos, sistemas financieros unificados y una narrativa universal que promete paz, seguridad y progreso.

La humanidad, cansada de guerras y caos, parece dispuesta a entregar soberanías a cambio de estabilidad. Así, sin estruendo ni violencia, el mundo camina hacia la centralización del poder global. Este proceso no es improvisado; es la plataforma necesaria para la manifestación del anticristo y el establecimiento de su gobierno mundial.

Desde hace décadas se habla de la necesidad de un orden mundial capaz de enfrentar las crisis universales: pandemias, guerras, catástrofes climáticas, pobreza extrema, terrorismo, ciberseguridad. Bajo esa justificación, se han creado estructuras con autoridad sobre las naciones, que

dictan normativas, controlan economías, imponen pautas educativas y establecen agendas morales a nivel planetario.

Naciones enteras se ven condicionadas por instituciones que no eligieron, pero a las que deben obedecer. La soberanía nacional se disuelve lentamente frente a un nuevo tipo de imperialismo: el del consenso global dirigido desde las élites.

El avance hacia un gobierno mundial no es una especulación fantasiosa ni una exageración escatológica. Es una construcción visible, documentada, sistemática y progresiva. Las monedas digitales controladas por bancos centrales, los pasaportes biométricos, los sistemas de puntuación social y los acuerdos transnacionales son piezas de un mismo rompecabezas: "el control unificado de la humanidad".

Y en medio de este proceso, el factor espiritual es ineludible. No se trata solo de un nuevo sistema político, sino del escenario ideal para el surgimiento de un líder mundial que unifique, ordene y seduzca con su aparente sabiduría y poder.

La Palabra profética ha advertido desde tiempos antiguos sobre este tiempo: un sistema global, una bestia política y una estructura espiritual que embriagará a las naciones. Lo que vemos no es casualidad; es cumplimiento. Lo que se firma en las cumbres diplomáticas, lo que se decide en los laboratorios financieros del poder, lo que se

promociona como avance, forma parte de una agenda milenaria de rebelión contra el trono de Dios.

Babilonia no ha muerto; solo ha cambiado de rostro. Y mientras muchos miran con esperanza la unificación de las naciones, el pueblo de Dios debe mirar con discernimiento, sabiendo que todo lo que se exalta a sí mismo por encima de Cristo está destinado a caer.

El desafío para la Iglesia es doble. Por un lado, no debe dejarse seducir por la promesa de relevancia que ofrece el sistema globalizado. Por otro, no debe caer en el miedo paralizante ante el avance del control mundial. El Reino de Dios no se detiene por tratados humanos. La luz no se apaga por la sombra de la bestia. La fe no se somete al poder de los hombres, porque reconoce solo una autoridad suprema: la de Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores.

El gobierno global puede parecer inevitable, y quizás lo sea desde el punto de vista profético. Pero no lo es desde el punto de vista espiritual. Porque mientras el mundo se une para edificar su torre sin Dios, la Iglesia se levanta como testigo fiel, proclamando que hay un Reino inconmovible, que hay un Rey que no será reemplazado, y que el trono más alto no está en la Tierra, sino en el Cielo. En tiempos de tormenta, cuando todo tiende a unificarse en torno al control, la Iglesia debe unirse en torno al Espíritu y la Verdad.

"Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos,

hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios."
2 Tesalonicenses 2:1 al 4

Referencias sobre Globalización y Poder Global:

- Stiglitz, Joseph E. Globalization and Its Discontents (2002).
- Un análisis crítico sobre la globalización económica, el papel de las élites y el impacto en las naciones.
- Held, David y McGrew, Anthony
Globalization/Anti-Globalization (2002).
- Estudio sobre los procesos de globalización política, económica y cultural, incluyendo tensiones y resistencias.
- World Economic Forum (WEF)
- Informe anual y documentos sobre la "Cuarta Revolución Industrial" y la agenda globalista:
https://www.weforum.org/focus/fourth-industrial-revolution

Referencias sobre Control Social, Vigilancia

- Freedom on the Net Report (2024).
- Informe anual sobre vigilancia digital, censura y derechos digitales en diferentes países.
https://freedomhouse.org/report/freedom-net/2024
- Zuboff, Shoshana
The Age of Surveillance Capitalism (2019).
- Análisis de cómo las corporaciones usan datos digitales para control social y económico.
- United Nations Human Rights Office
Informes sobre privacidad, derechos digitales y vigilancia:
https://www.ohchr.org/en/issues/digital-rights
- Referencias sobre Orden Mundial, Soberanía y Control
Council on Foreign Relations (CFR)
- Análisis y documentos sobre gobernanza global, tratados internacionales y desafíos de soberanía:
https://www.cfr.org/global-governance
- United Nations Programas y agendas para la cooperación internacional frente a crisis globales:

https://www.un.org/en/sections/what-we-do/sustainable-development-goals/
- International Monetary Fund (IMF)
- Información sobre monedas digitales de bancos centrales (CBDC) y su impacto:
https://www.imf.org/en/Topics/fintech/central-bank-digital-currency

Capítulo seis

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y EL ANTICRISTO

"Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí, otro cuerno, uno pequeño, surgió entre ellos, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él; y he aquí, este cuerno tenía ojos como los ojos de un hombre, y una boca que hablaba con mucha arrogancia."
Daniel 7:8

El mundo parece estar girando hacia un punto de convergencia donde la historia, la tecnología, la política y la espiritualidad colisionan. Las tormentas no solo son naturales, sino también ideológicas, morales y espirituales. En medio de esta creciente oscuridad, la Palabra de Dios anuncia con claridad la llegada de un tiempo siniestro: un gobierno global encabezado por un líder blasfemo y seductor que se alzará contra todo lo santo.

La Biblia lo llama ***"el hombre de pecado, el hijo de perdición"***, aquel que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios **(2 Tesalonicenses 2:3 y 4)**.

Este será el anticristo, de quien hablo extensamente en mi libro titulado: “El espíritu del anticristo”, el cual recomiendo leer para agudizar nuestro sentido de discernimiento espiritual.

Lejos de ser una figura mítica, su perfil ya se dibuja en la arquitectura de este siglo. Las naciones se estremecen con cada nueva crisis. Los pueblos buscan un salvador. Los líderes caen uno tras otro en escándalos, guerras, fracasos económicos o manipulaciones ideológicas. La humanidad está cansada, dividida, desorientada. Y es precisamente en ese terreno fértil de caos donde germina la semilla de un liderazgo absoluto que prometa unidad, paz y restauración.

Los posibles detonantes de este nuevo orden ya están operando. El mundo ha visto cómo una pandemia puede detener el comercio global, confinar poblaciones enteras y alterar el curso de la economía con apenas unas semanas de disrupción.

También ha observado cómo los conflictos regionales, como los de Medio Oriente o Europa del Este, pueden convertirse en amenazas de proporción mundial, donde basta un error, una provocación o un ataque para que las potencias entren en una cadena de reacciones que deriven en una guerra global. ¿Y qué decir de la fragilidad económica? La inflación, la deuda, el colapso de bancos y los mercados digitales volátiles muestran cuán delgado es el hilo que sostiene la estabilidad financiera.

En medio de estas tormentas, muchos empiezan a clamar por un gobierno mundial que regule, estabilice y organice el desorden. Ya no es teoría, es parte de un claro discurso político. Se habla abiertamente en foros internacionales sobre la necesidad de un liderazgo global, de una "gobernanza planetaria", de una cooperación centralizada.

En nombre del cambio climático, de la justicia social, de la equidad económica o de la bioseguridad, se promueve una narrativa que prepara el camino al dominio centralizado. La tecnología es el gran aliado. Las identidades digitales, la vigilancia algorítmica, la inteligencia artificial, la moneda digital centralizada y los sistemas de crédito social, como ya se prueban en algunas naciones, no son otra cosa que herramientas preparatorias para un control absoluto. Juan lo vio y lo escribió estando en la isla de Patmos:

"Y se le permitió dar aliento a la imagen de la bestia... y hacía que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, recibieran una marca en la mano derecha o en la frente, y que ninguno pudiera comprar ni vender sino el que tuviera la marca o el nombre de la bestia."
Apocalipsis 13:15 al 17

El nuevo orden no llegará como una imposición violenta al inicio, sino como una solución elegante. Como un bálsamo para las heridas globales. El anticristo no se presentará como un tirano, sino como un salvador. Será un

maestro del engaño, respaldado por señales, prodigios y una narrativa de unidad.

El profeta Daniel lo describe como alguien que ***"con halagos corromperá a los que violan el pacto"*** **(Daniel 11:32)**, y el apóstol Pablo nos advierte que su venida será ***"con gran poder, y con señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden"*** **(2 Tesalonicenses 2:9 y 10)**.

Muchas naciones se rendirán voluntariamente ante su carisma. Será visto como el gran unificador de religiones, el mediador de paz en Medio Oriente, el hombre que trae soluciones a los problemas climáticos y económicos. Firmará pactos, promoverá armonía, pero ocultará el puñal detrás de la sonrisa. Su alianza con Israel será estratégica, pero temporal, hasta que profane el lugar santo y desate la gran tribulación, como lo profetizó Jesús en **Mateo 24:15**.

Otros gobiernos que se resistan serán enfrentados con presión, manipulación o destrucción. Nadie podrá comerciar sin someterse a su sistema. Y los que se levanten en nombre de Cristo serán perseguidos. La Iglesia verdadera no será engañada, pero sí será atacada. El remanente fiel será marginado, tildado de radical, intolerante y enemigo del progreso. En esos días, la fidelidad costará todo para los hijos de Dios:

"Y fue dada autoridad a la bestia sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación; y la adoraron todos los moradores de la

tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero."
Apocalipsis 13:7 y 8

Sin embargo, aunque el enemigo parezca tener la victoria, la historia no terminará bajo su mandato. Cristo volverá como Rey de reyes y Señor de señores, Él vendrá a destruir al inicuo con el resplandor de su venida **(2 Tesalonicenses 2:8)**. El anticristo tendrá su hora, pero será breve. Su caída será rápida, definitiva y humillante, y el Reino del Cordero será establecido para siempre.

Por eso, la Iglesia no debe temer, sino velar. No debe dormirse, sino estar sobria, firme, discerniendo los tiempos. El apóstol Pablo escribió: ***"Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón"*** **(1 Tesalonicenses 5:4)**. Este es el tiempo de los entendidos, de los que enseñan justicia, de los que preparan el camino, de los que claman en el desierto: ***"¡Preparen el camino del Señor!"***.

El gobierno del anticristo será real, pero también lo será la victoria de Cristo. La batalla se acerca, pero el final ya ha sido escrito. El pueblo de Dios no debe rendirse al engaño, no se debe vender por pan ni por poder, no debe negociar su fe por seguridad; porque en tiempos de tormenta, la verdad debe brillar con más fuerza que nunca.

Lo que debemos hacer es prepararnos, escudriñar las Escrituras y salir de lo tradicional en busca de la verdad

eterna de Dios. Amados hermanos, en la penumbra del fin de estos tiempos, la encarnación misma de la rebelión se acerca. El anticristo no será simplemente un tirano político o un dictador más en la historia, como algunos pretenden. Será la síntesis de todo lo que el infierno ha tramado para desafiar al Altísimo, y su aparición no será accidental ni improvisada. Su venida ha sido cuidadosamente preparada por siglos de engaño, corrupción moral y apostasía espiritual.

Este líder no se levantará por la fuerza bruta desde el inicio, sino mediante el encanto, la diplomacia y la inteligencia. Daniel lo describió como un rey ***"altivo de rostro y entendido en enigmas"*** **(Daniel 8:23)**.

Tendrá el poder de seducir multitudes con palabras, de resolver tensiones políticas con maestría, de proponer acuerdos donde antes hubo conflictos interminables. Su gobierno será una amalgama perfecta de poder militar, control económico y manipulación espiritual. Su lenguaje será tolerante, inclusivo, pacificador… pero lleno de veneno.

Se presentará como el salvador de la humanidad en un tiempo de caos, como el líder que trae orden al desorden, paz a la guerra y esperanza al desconcierto global. Pero detrás de ese rostro carismático se ocultará el espíritu del dragón. No vendrá solo, sino que a su lado se levantará otro personaje profético: el falso profeta, el brazo religioso del sistema de maldad. Este será un líder espiritual, posiblemente proveniente del campo religioso global, que tendrá la

apariencia de cordero, pero hablará como dragón **(Apocalipsis 13:11)**.

Su misión será legitimar al anticristo, promover su culto y obrar milagros para engañar a las masas. Él será quien levante la imagen de la bestia y haga que todos la adoren. No impondrá fe, la falsificará. No atacará la religión, la manipulará. No será anticlerical, será espiritualmente perverso.

Ambos, el anticristo y el falso profeta, actuarán junto a Satanás como una trinidad que imitará y desafiará a la Trinidad divina. Y juntos establecerán un gobierno global, en el que cada nación será absorbida en una estructura única de control político, económico, militar y religioso. Nadie podrá comprar ni vender sin su aprobación. Se hablará de justicia, de sustentabilidad, de protección sanitaria y paz mundial. Pero todo será una fachada. Detrás se edificará un sistema de esclavitud global.

Uno de los puntos más sensibles será la relación del anticristo con Israel. Como pieza central del plan de Dios y epicentro profético, Israel será seducido al principio por el pacto que este líder propondrá. Daniel profetiza que ***"confirmará el pacto con muchos por una semana"*** **(Daniel 9:27)**, lo que implica un acuerdo diplomático con implicancias religiosas, de seguridad o de reconstrucción del templo. Israel, buscando paz en medio de enemigos, cederá ante la seducción del anticristo.

Lo recibirá como un aliado. Algunos hasta lo verán como el Mesías esperado. Pero a la mitad del tiempo, romperá ese pacto, profanará el lugar santo y se revelará en su verdadera naturaleza. Será entonces cuando los ojos de muchos se abrirán, y comenzará una persecución feroz.

Pero el anticristo no solo tendrá a Israel en la mira. Su odio más profundo será contra la Iglesia de Cristo. Desde su ascenso, comenzará una campaña de desprestigio, censura, marginación y, finalmente, persecución abierta contra los que adoren al Cordero. La Iglesia que no se haya contaminado, la que haya permanecido fiel, será vista como una amenaza al nuevo orden.

El Espíritu Santo, obrando a través de los creyentes fieles, será el principal estorbo a su completa manifestación. Por eso Pablo dice: ***"Ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio"*** **(2 Tesalonicenses 2:7)**. La Iglesia que ora, que discierne, que predica la verdad sin temor, es el muro que contiene al hombre de pecado.

Sin embargo, no todos los que dicen ser parte de la Iglesia resistirán las presiones del sistema. Muchos serán seducidos por el espíritu del falso profeta, por la promesa de una espiritualidad ecuménica, sin cruz, sin arrepentimiento, sin confrontación. Habrá una "iglesia" que aplaudirá al anticristo, lo bendecirá y lo entronizará, una iglesia que se dice cristiana pero cuyo fruto evidenciará su corrupción.

Será la gran ramera de **Apocalipsis 17**, la religión prostituida que fornica con los reyes de la tierra. Pero también habrá una Esposa fiel. Una Iglesia que no ha doblado sus rodillas ante el sistema, que no ha sido hallada tibia ni muerta, sino vigilante, encendida y santa. Esa Iglesia será perseguida, pero también será gloriosa. La historia la olvidará, pero el Cielo la celebrará.

A lo largo de la historia, el pueblo de Dios ha tenido que enfrentar no solo persecuciones externas, sino también corrupción interna y religiosidad falsa. En el libro de Apocalipsis, Juan nos muestra una visión profética y estremecedora de lo que será el sistema religioso dominante en los últimos tiempos.

Si realizamos un análisis bíblico, escatológico y espiritual sobre esta figura profética, reconociendo su impacto presente y su manifestación futura, vemos, por el escrito de Juan, a una mujer ricamente vestida, montada sobre una bestia escarlata llena de nombres blasfemos. Ella tiene en su mano una copa de oro, pero su contenido es inmundo y repugnante. Su influencia llega a los reyes de la tierra, a los comerciantes y a las multitudes.

Esta figura representa a una estructura religiosa con las siguientes características: riqueza y apariencia religiosa ostentosa **(Apocalipsis 17:4)**; complicidad con los gobiernos y engaño espiritual global **(Apocalipsis 17:2)**; persecución a los verdaderos cristianos **(Apocalipsis 17:6)**. La gran ramera

no es solo una institución, sino un espíritu de idolatría religiosa organizada, que opera con poder seductor y político.

Algunos colegas me han preguntado en ocasiones: ¿Quién es la gran ramera? ¿Es acaso la Iglesia Católica Romana? Bueno, durante la Reforma Protestante, muchos reformadores identificaron a esta figura con la Iglesia Católica Romana, especialmente por su historia de alianza con imperios, la obscena acumulación de riquezas, las prácticas idolátricas que siempre han tenido y por la persecución violenta y perversa que sufrían los cristianos a manos del catolicismo.

Sin embargo, como maestro debo sugerir una lectura responsable de las Escrituras, lo cual nos puede llevar a una conclusión más profunda y más amplia. Esto lo aclaro porque afirmar que solo la Iglesia católica en su totalidad es la gran ramera es algo muy simplista, carente de un claro criterio de juicio, lo cual nos pone a las puertas de afirmar algo que la Biblia no dice.

Lo que debemos hacer es leer las descripciones de Juan y decir que la gran ramera indudablemente tendrá ciertas características bien definidas. Sin dudas, al observar esto, podemos decir que algunos sectores del catolicismo, sobre todo su cúpula de poder, están incluidos en este diseño diabólico, pero ojo, porque dentro del catolicismo hay algunos hijos de Dios sinceros y que creen de todo corazón. Además, no podemos negar que hay facciones del protestantismo liberal que se han desviado de la verdad,

algunas religiones orientales y algunos nuevos movimientos espirituales que también pueden ser parte de esta desviación.

A lo largo de la Biblia, el adulterio espiritual es una figura usada para describir el abandono del pacto con Dios por parte de su pueblo. Cuando Israel hizo alianzas con otras naciones o adoró ídolos, fue llamado ramera **(Ezequiel 16; Oseas 1 y 2)**. Del mismo modo, la gran ramera simboliza toda estructura religiosa que ha pervertido el propósito santo del culto a Dios.

Esta prostitución espiritual se manifiesta hoy en día cuando se manipula la fe con fines políticos o económicos, cuando se predica un evangelio diluido, sin cruz ni arrepentimiento, cuando se tolera el pecado para complacer al mundo, cuando se pacta con los sistemas globales a cambio de visibilidad, recursos o poder.

Uno de los caminos más claros hacia la consolidación del sistema de la gran ramera es el falso ecumenismo. Este movimiento promueve una unidad superficial entre religiones, minimizando o negando verdades fundamentales del Evangelio, como la deidad de Cristo, la salvación solo por gracia mediante la fe y la autoridad suprema de las Escrituras.

Bajo la apariencia del amor y la paz mundial, se estará construyendo una religión sin verdad, una fe sin Cristo, un evangelio sin redención. Este es el escenario perfecto para que el falso profeta prepare el terreno espiritual del anticristo. La iglesia protestante debe purificarse, debe extremar sus

cuidados, y quienes ejercemos un ministerio en ella debemos ser cada vez más agudos y cuidadosos de toda enseñanza e interpretación bíblica.

Apocalipsis 18 describe con detalle el juicio de Dios sobre Babilonia, símbolo tanto del sistema religioso como del sistema económico mundial corrompido. Este juicio es definitivo, rápido y total. Lo que parecía fuerte e indestructible cae en una sola hora: ***"¡Cayó, cayó la gran Babilonia!... Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación…"*** **(Apocalipsis 18:2 y 3)**.

En medio de esa advertencia hay un llamado urgente: ***"¡Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean cómplices de sus pecados, ni los alcance ninguna de sus plagas!"*** **(Apocalipsis 18:4)**. La Iglesia verdadera no puede estar involucrada ni comprometida con ese sistema. Debe mantenerse pura, fiel y separada, aunque eso signifique persecución o rechazo. Mientras que la gran ramera representa la religión infiel, opulenta y falsa, Apocalipsis también nos muestra a la otra mujer: "la Esposa del Cordero"

"¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado, y se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente."
Apocalipsis 19:7 y 8

Esta representa a la verdadera Iglesia, la que se ha preparado con vestiduras limpias, la que vive en santidad,

verdad y fidelidad, la que no busca poder político sino agradar a su Señor, la que no fornica con los reyes de la tierra, sino que espera la llegada del gran Rey.

El tiempo de la gran ramera está cerca. El espíritu de esta Babilonia religiosa ya opera en el mundo. Muchos están cediendo ante el encanto de un cristianismo cómodo, sin verdad ni compromiso. Pero Dios está llamando a su Iglesia a ser diferente, a ser pura, a mantenerse firme en la Palabra y en el testimonio de Jesús. No debemos tener miedo, pero sí discernimiento. No estamos llamados a señalar con odio a nadie, sino a advertir con verdad y amor, mientras nos mantenemos fieles a Aquel que pronto viene.

En medio de un mundo que se unifica en torno a un sistema que excluye a Dios, en medio de una cultura que legisla el pecado y celebra la rebelión, debe levantarse una voz distinta. No una voz fuerte según los parámetros del mundo, ni una voz que busque los micrófonos del sistema transando fidelidad, ni el respaldo de los imperios buscando empoderarse. Es una voz encendida por el Espíritu, una voz que no se podrá apagar, una voz que resistirá la opresión de los imperios, las persecuciones, las modas y el poder del sistema: "Será la voz del remanente fiel".

La Iglesia del Cordero, aquella que no ha doblado sus rodillas ante los ídolos de la cultura ni ha negociado su mensaje por relevancia o aceptación, es la respuesta de Dios para este tiempo. No estamos huérfanos en medio de la tormenta. No estamos a la deriva entre gobiernos globales y

tecnologías invasivas. Estamos firmemente arraigados en el Reino eterno, cuya bandera no ondea por los vientos del momento, sino por la fidelidad de Aquel que reina sobre todo.

Esta Iglesia no será grande en relación al número de los habitantes de la tierra, pero será profunda en convicción. No buscará la aprobación de los grandes foros del mundo, sino el aplauso del cielo. Su fuerza no radicará en recursos humanos, sino en el fuego del Espíritu Santo. No necesitará estrategias de marketing, porque su sola presencia será una confrontación viva contra la oscuridad. Es la Iglesia que ora mientras todos duermen, que predica mientras otros se distraen, que permanece mientras otros se rinden.

La respuesta en estos tiempos no será política, aunque no ignoremos la política. No será meramente cultural, aunque discernamos la cultura. La respuesta es espiritual, poderosa, armada con la verdad, la santidad, la oración ferviente, el ayuno constante y la predicación sin diluir. Esta es la Iglesia que no se esconde, sino que brilla. Que no claudica, sino que intercede. Que no se adapta, sino que transforma. Que no se deja arrastrar por el río del mundo, porque ha aprendido a beber del río de Dios.

Será una Iglesia sobria, entendida, profética. No seguirá modas ni adoptará el lenguaje de Babilonia. No aceptará ser una ONG religiosa ni una figura decorativa del sistema. Será ofensiva, no con violencia, sino con verdad. Será incómoda para los que quieren una espiritualidad domesticada, y peligrosa para los que quieren una religión sin

cruz. Porque su mensaje será claro: "Cristo viene y viene para reinar con justicia y poder".

Mientras el mundo levanta su torre, la Iglesia levanta su altar. Mientras el sistema global edifica su estructura de control, el pueblo de Dios edifica discípulos firmes, llenos del Espíritu, preparados para dar respuesta con mansedumbre y valentía. Porque nuestra guerra no es contra carne ni sangre, sino contra potestades espirituales que quieren controlar este siglo **(Efesios 6:12)**. Pero nuestra victoria no depende de votos ni plataformas, sino del Cordero que ya venció.

En estos tiempos de tormenta, no se trata solo de resistir. Se trata de avanzar. De predicar más. De amar más. De servir más. De vivir con una urgencia santa. El remanente no es una Iglesia escondida, es una Iglesia encendida. Es la antorcha que arde en la noche, el faro que no se apaga en la costa del caos. Y aunque el mundo entero se una en su rebelión, el remanente se mantendrá fiel hasta el fin. Porque no fue llamado a ser relevante, sino a ser fiel.

El gobierno del anticristo será breve, su reinado será de terror, pero su fin será seguro. El Rey de gloria regresará, montado en un caballo blanco, y con la espada de su boca destruirá al inicuo **(Apocalipsis 19:11 y 21)**. ***"Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos"*** **(Apocalipsis 20:10)**.

La Iglesia no está destinada a la derrota, sino al testimonio glorioso. Este es el tiempo de prepararnos, de conocer las Escrituras, de discernir los tiempos y de vivir con los ojos puestos en el cielo. Porque en medio de los truenos de la tormenta que inevitablemente debe producirse, se oirán pasos… Los pasos de Aquel que vendrá con poder y gran gloria.

"He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén".
Apocalipsis 1:7

Capítulo siete

LA IGLESIA EN MEDIO DE LA TORMENTA

"Por favor, sopórtenme, aunque parezca yo estar un poco loco. Dios ha hecho que yo me preocupe por ustedes. Lo que quiero es que ustedes sean siempre fieles a Cristo, es decir, que sean como una novia ya comprometida para casarse, que le es fiel a su novio y se mantiene pura para él. Pero tengo miedo de que les pase lo mismo que a Eva, que fue engañada por la astuta serpiente. También ustedes pueden ser engañados y dejar de pensar con sinceridad y pureza acerca de Cristo."
2 Corintios 11:1 al 3 BLS

En tiempos de tormenta, cuando todo el mundo está convulsionado, sacudido por guerras, incertidumbre política, catástrofes naturales y decadencia moral, la Iglesia de Jesucristo no se encuentra al margen del drama de la humanidad. No es una espectadora pasiva ni una voz apagada ante el caos. Es una columna y baluarte de la verdad, un faro en la oscuridad, un refugio espiritual para quienes buscan

dirección y sentido en medio del estrépito del conflicto global.

Los conflictos que estremecen al mundo son también una prueba para el cuerpo de Cristo. La presión cultural, la persecución, la polarización ideológica y el avance de agendas anticristianas desafían la fe de muchos. Pero, lejos de retraerse o diluir su mensaje, la Iglesia está llamada a alzarse con claridad, fidelidad y poder, como lo ha hecho en cada generación marcada por el sufrimiento y el enfrentamiento espiritual.

La Iglesia no nace del mundo ni depende de sus sistemas. Fue engendrada en el corazón de Dios y establecida por Cristo con una misión que trasciende las circunstancias históricas. Por eso, en tiempos de tormenta, su llamado permanece firme: predicar el Evangelio del Reino, hacer discípulos y manifestar la luz de Cristo ante las tinieblas.

En los días más oscuros, la Iglesia no debe silenciarse ni buscar seguridad en alianzas humanas. Su voz debe ser profética, su testimonio auténtico, y su vida comunitaria, una expresión palpable del Reino venidero. La crisis no redefine su propósito; lo revela con mayor nitidez. Es en las tormentas donde se prueba la consistencia de su fe, la profundidad de su adoración y la veracidad de su esperanza.

En medio de un bombardeo constante de información, propaganda y manipulación mediática, la Iglesia necesita levantar una generación que discierna los tiempos como los

hijos de Isacar **(1 Crónicas 12:32)**. El discernimiento espiritual no es una opción secundaria; es una urgencia ineludible. Sin él, muchos creyentes corren el riesgo de ser arrastrados por doctrinas extrañas, temores infundados o alianzas con agendas impías.

Solo una Iglesia que ama la Palabra y vive en comunión con el Espíritu podrá navegar estas aguas turbulentas sin naufragar. No podemos interpretar el conflicto global con las lentes del mundo, sino con los ojos del Espíritu. La Escritura es nuestra brújula, y la sabiduría del cielo, nuestro consejo. En cada decisión, en cada análisis, en cada postura, debemos preguntarnos: ¿Qué dice Dios? ¿Qué quiere el Espíritu Santo? ¿Qué glorifica a Cristo?

El miedo es el arma predilecta del enemigo en tiempos de tormentas. A través del temor, paraliza, manipula y divide. Pero la Iglesia no fue llamada a vivir temblando ante los poderes de este siglo, sino confiada en la soberanía de su Señor. No hemos recibido un espíritu de cobardía, sino de poder, amor y dominio propio **(2 Timoteo 1:7)**.

Ante los rumores de guerra, las pandemias, las persecuciones o la escasez, nuestra respuesta no debe ser el pánico, sino una fe activa, una esperanza vibrante, una paz que no depende de las circunstancias. Cristo sigue reinando. Nada escapa de su control. Por eso, cuando el mundo entra en crisis, la Iglesia canta, ora, sirve, predica y persevera.

Nuestra esperanza no está en la estabilidad política, ni en la economía global, ni en soluciones humanas. Nuestra esperanza está anclada en Aquel que venció a la muerte y que regresará con gloria. Por eso, podemos avanzar sin temor, sabiendo que nuestra redención está más cerca que cuando creímos **(Romanos 13:11)**.

La Iglesia de los últimos tiempos no será celebrada por el mundo, sino resistida. Las Escrituras nos advierten que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución **(2 Timoteo 3:12)**. La creciente hostilidad contra la verdad bíblica, la moral cristiana y la exclusividad de Cristo como único camino a Dios es un signo claro de los tiempos.

No debemos sorprendernos ni desanimarnos. Al contrario, es momento de preparar nuestros corazones, nuestras familias y nuestras congregaciones para una fe robusta, que no ceda ante la presión, que no negocie la verdad por conveniencia. Es tiempo de edificar iglesias fuertes, que enseñen doctrina sólida, que entrenen discípulos resistentes y que amen más la gloria de Dios que la aceptación social.

Muchos desean escapar del conflicto, esperando una huida antes de que las cosas se pongan difíciles. Sin embargo, las Escrituras presentan una y otra vez una Iglesia que sufre, resiste y persevera en medio de la tribulación. Pablo escribió: ***"que nadie se inquiete en estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos"*** **(1 Tesalonicenses 3:3)**. Jesús también afirmó: ***"En el mundo***

tendréis aflicción”, pero también aseguró: ***“Confiad, yo he vencido al mundo”*** **(Juan 16:33)**.

La idea de que la Iglesia será arrebatada antes de enfrentar el sufrimiento es una interpretación reciente que ha debilitado la preparación espiritual de muchos creyentes. La verdad es que la Iglesia ha pasado, pasa y pasará por tribulación, y Dios no la abandonará, sino que la purificará, fortalecerá y hará brillar como oro probado en el fuego.

Ante la duda de algunos hermanos que han sido improntados con la enseñanza del rapto secreto, les recomiendo leer el libro titulado: “El resplandor de Su venida” y también el libro: “Sesgo de normalidad” que sin dudas es un libro complementario a este, y les será de gran bendición para un mejor entendimiento de los tiempos que se vienen sobre la tierra.

No debemos temer la tribulación, porque Cristo está con nosotros en medio de ella. Como los tres jóvenes en el horno de fuego, descubriremos que el Hijo de Dios camina con nosotros en medio de las llamas. Y así como ellos salieron sin olor a humo, la Iglesia saldrá más pura, más santa y más gloriosa de cada prueba, aguardando el regreso triunfal de su Rey.

La venida del Señor es nuestra esperanza; no es un rumor antiguo ni una frase gastada por el tiempo, sino una verdad viva, ardiente e inminente. El Señor se acerca, y cada día que pasa nos acerca más al cumplimiento de esa promesa

gloriosa. Pero la pregunta que debe resonar en lo profundo de la Iglesia no es cuándo, sino cómo estamos preparándonos para esos tiempos. ¿Qué está haciendo la Esposa del Cordero en estos días finales? ¿Se está adornando con santidad y verdad, o ha sido seducida por la comodidad, el aplauso y la distracción?

Los tiempos que vivimos demandan más que prédicas elocuentes o eventos multitudinarios. Exigen una profunda corrección interna, una vuelta al corazón de Dios, una reforma del espíritu. No podemos pretender estar listos para Su regreso, si seguimos tolerando nuestras propias desviaciones. La Iglesia no se prepara con emoción, sino con arrepentimiento, humildad y obediencia.

La primera evidencia de una Iglesia que se prepara verdaderamente para el regreso de su Señor es su capacidad para reconocer sus propios errores. No se trata de autoflagelación ni de crítica destructiva, sino de un acto de lucidez espiritual. No podemos seguir ignorando el hecho de que buena parte del liderazgo cristiano ha fallado en discernir correctamente los tiempos, ha confundido el mensaje eterno del Evangelio con agendas humanas, y ha sido inoperante en su rol profético.

Los profetas no fueron enviados para entretener a la Iglesia ni para ganarse un espacio en conferencias internacionales. Fueron llamados para confrontar el pecado, señalar el rumbo del Reino y preparar al pueblo para lo que

viene. Pero muchos han preferido el prestigio a la verdad, el escenario al altar, la fama a la fidelidad.

En lugar de llorar entre el pórtico y el altar, muchos profetas han ocupado los pasillos de influencia y las alfombras de poder. Se han vuelto comentaristas de actualidad, expertos en predicciones políticas, figuras públicas que repiten lo que complace a las multitudes. Han cambiado la carga divina por la conveniencia de lo viral, y la unción por la aceptación.

Esta distracción ha debilitado la voz profética en el Cuerpo de Cristo. La Iglesia no necesita profetas celebridades, sino atalayas que vean más allá de lo aparente, que escuchen lo que el Espíritu dice, aunque no sea popular, aunque incomode, aunque los deje en soledad. El tiempo de la profecía acomodada debe terminar. Es hora de volver a la autenticidad del mensaje que quema los labios y quebranta el corazón antes de ser proclamado.

El cuerpo de Cristo ha sido desfigurado por la confusión de roles y la ambición de plataformas. Muchos quieren ser lo que no fueron llamados a ser. Algunos que fueron llamados a interceder buscan predicar; otros que fueron llamados a enseñar desean gobernar; y algunos que fueron llamados a servir en lo oculto desean brillar en lo visible. Pero la preparación de la Iglesia pasa por un reordenamiento interno, donde cada miembro reconozca con humildad el lugar que Dios le ha dado.

Solo cuando cada ministro ocupe su lugar, sin envidia, sin competencia, sin frustración, el cuerpo funcionará en armonía. Esta es la hora de la honestidad ministerial, donde no nos medimos por números, invitaciones o seguidores, sino por fidelidad, fruto y obediencia. El Reino no necesita estrellas, necesita siervos fieles.

Nada ofende más al cielo que el orgullo disfrazado de espiritualidad. La religiosidad arrogante, la competencia ministerial, los títulos vacíos y las ambiciones personales que se esconden detrás de discursos ungidos han contaminado la pureza del testimonio cristiano. La Iglesia no puede preparar el camino al Señor si primero no derriba los altares que ha levantado para sí misma.

Es tiempo de romper con estructuras construidas sobre el ego y no sobre la Roca. Pastores, profetas, apóstoles, evangelistas, maestros… todos necesitamos volver a la humildad del Rey de reyes que se ciñó una toalla y lavó pies polvorientos. Solo una Iglesia quebrantada podrá ser levantada con poder. Y solo una Iglesia libre de orgullo podrá reflejar la gloria de su Señor.

El liderazgo de estos tiempos no puede ser improvisado ni superficial. Debe ser forjado en la intimidad con Dios, fundamentado en la verdad del Nuevo Pacto, comprometido con el Reino y no con agendas personales. Necesitamos líderes que no vivan para agradar a los hombres, sino para rendir cuentas al Cordero que viene.

Este liderazgo no gobierna con manipulación, sino con ejemplo; no busca controlar, sino edificar; no se impone, sino que sirve. Está marcado por la cruz, por la Palabra, por el carácter y por la eternidad. Es un liderazgo visionario, pero no carnal; estratégico, pero guiado por el Espíritu; apasionado, pero sobrio. Es tiempo de levantar un nuevo linaje de obreros que vivan para preparar a la Iglesia y no para usarla.

Si la Iglesia quiere estar lista para el retorno glorioso de su Esposo, debe rendirse completamente a Su gobierno. No se trata de estructuras visibles, sino de una sujeción profunda al señorío de Cristo. No podemos seguir siendo gobernados por la cultura, las modas, las estrategias humanas o los consejos del mundo. Cristo debe ser la cabeza en cada decisión, en cada mensaje, en cada paso.

Una Iglesia gobernada por Dios no teme el juicio venidero, porque vive cada día delante de Su trono. No necesita aplausos, porque ya ha sido aceptada por su Señor. No se doblega ante el sistema, porque su ciudadanía está en los cielos. Es una Iglesia libre, santa, viva, poderosa… lista para ser levantada cuando suene la trompeta, para ser transformada y equipada para gobernar con Cristo.

En medio del polvo y el estruendo de los últimos tiempos, el Señor ha dejado promesas firmes, inquebrantables, como anclas para el alma de Su pueblo. En cada página de las Escrituras resplandece la certeza de que el

fin no será destrucción para los hijos de Dios, sino restauración gloriosa, redención total y victoria absoluta.

La Biblia no oculta el conflicto final. Habla de guerras, hambres, persecuciones y apostasía. Pero junto con cada advertencia, hay una promesa: ***"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"*** **(Lucas 21:28)**. Dios no dejó a Su Iglesia a merced del pánico. Nos dio palabras proféticas como antorchas en medio de la noche.

La restauración no es un deseo ilusorio, es una verdad sellada por Aquel que dijo: ***"Yo hago nuevas todas las cosas"*** **(Apocalipsis 21:5)**. Se acerca el día en que el dolor, el llanto y la muerte desaparecerán. El trono de Dios estará en medio de su pueblo. Jerusalén será restaurada. Las naciones serán juzgadas con justicia. La creación será redimida. Y el Reino eterno será establecido para siempre.

En un mundo donde todo lo terrenal es quebradizo, la Iglesia se sostiene por una esperanza que no depende de gobiernos, monedas ni tratados de paz. Nuestra esperanza no es política ni económica, sino escatológica y eterna. El Reino de Dios no es un concepto religioso: es una realidad que avanza, firme, silenciosa e imparable.

Jesús no solo predicó el Reino: lo encarnó. Lo trajo con poder, lo anunció con autoridad y lo consumará en gloria. Esta es nuestra certeza: el Reino será plenamente establecido, y nosotros reinaremos con Él **(2 Timoteo 2:12)**. No importa

cuán turbulento sea el presente, el futuro está asegurado. Vivimos a la espera del Rey, no en derrota, sino como herederos de Su gloria.

Saber el final no nos debe llevar a la pasividad, sino a la acción. Mientras el mundo se hunde en desesperación, la Iglesia camina con propósito. Cada día es una oportunidad para sembrar eternidad, para llevar fruto que permanezca, para vivir con una determinación que no nace de las emociones, sino de la convicción.

No estamos aquí por azar. Fuimos puestos en esta generación por diseño divino. Cada creyente, cada ministro, cada congregación tiene una misión que cumplir. No hay tiempo que perder. No hay lugar para la mediocridad. Es hora de despertar, de avanzar, de vivir con el fuego del Espíritu en el alma y los ojos puestos en la meta eterna. Como escribió Pablo: ***"una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús"*** **(Filipenses 3:13 y 14)**.

La noche espiritual avanza sobre la tierra, pero eso no debe alarmarnos, sino impulsarnos. Cuanto más densa es la oscuridad, más evidente se vuelve la luz. La Iglesia no fue diseñada para sobrevivir a las tormentas, sino para brillar en medio de ellas. Somos portadores de una esperanza que no se apaga, aunque todo alrededor se desmorone.

Cristo dijo: ***"Vosotros sois la luz del mundo"*** **(Mateo 5:14)**. En un tiempo de confusión, de dolor, de mentira, de ideologías destructivas, la Iglesia debe ser la voz de la verdad, el refugio del quebrantado, el faro de esperanza para los perdidos. No somos llamados a escondernos, sino a testificar. No fuimos ungidos para callar, sino para proclamar. El testimonio de los justos será una señal profética en los últimos días.

No todo será dolor, ni todo será apostasía. La Escritura habla de una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, preparada como una esposa que se ha engalanado para su esposo **(Efesios 5:27; Apocalipsis 19:7)**. Esa Iglesia no será débil ni cobarde, sino valiente, madura, sabia y fortalecida en el Espíritu Santo.

La preparación para la venida del Señor no será superficial, sino profunda. Dios está obrando hoy en Su pueblo un proceso de refinamiento. Está separando el trigo de la paja, limpiando las vestiduras, renovando la visión y fortaleciendo a Sus elegidos. Porque la Iglesia que recibirá al Rey no será una Iglesia derrotada, sino victoriosa.

Será una Iglesia con discernimiento, con fuego en su interior, con firmeza doctrinal y con compasión ardiente. Una Iglesia que no claudica, que no vende su herencia, que no negocia la cruz. Una Iglesia que ama Su venida, que ora con expectativa y que está dispuesta a todo… porque sabe que después de la tormenta llegará la calma.

"Para esto Dios los llamó por nuestro evangelio, a fin de que tengan parte en la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos, sigan firmes y manténganse fieles a las enseñanzas que, oralmente o por carta, les hemos transmitido. Que nuestro Señor Jesucristo mismo y Dios nuestro Padre, que nos amó y por su gracia nos dio consuelo eterno y una buena esperanza, los anime y les fortalezca el corazón, para que tanto en palabra como en obra hagan todo lo que sea bueno."

2 Tesalonicenses 2:14 al 17 NVI

CONCLUSIÓN FINAL

"Tocó el séptimo ángel su trompeta, y en el cielo resonaron fuertes voces que decían: "El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos."
Apocalipsis 11:15 NVI

Hemos recorrido, capítulo tras capítulo, un tiempo profético y desafiante, donde la Iglesia de Cristo se ve inmersa en los vientos de transformación, conflicto y definición. No son días comunes. Son tiempos de tormenta, donde todo lo que puede ser sacudido está siendo sacudido **(Hebreos 12:27)**, y donde solo lo eterno permanecerá firme.

Este libro no ha pretendido sembrar temor, sino despertar conciencia. No ha sido escrito para alimentar la especulación, sino para llamar a la acción, a la santidad, a la madurez y a la fe perseverante. El mensaje central es claro: la Iglesia no fue llamada a esconderse, sino a brillar en medio de la crisis; no fue llamada a retroceder, sino a avanzar en el poder del Espíritu; no fue formada para ser derrotada, sino para esperar victoriosa el regreso de su Rey.

La realidad geopolítica, el conflicto espiritual, las señales del fin, y la creciente hostilidad contra la verdad bíblica no deben intimidar al pueblo de Dios. Al contrario, deben llevarnos a alinearnos con el Cielo, a corregir lo que

deba ser corregido, a levantar altares verdaderos y a vivir cada día con propósito eterno.

Este es un llamado urgente y solemne. La tormenta no pasará pronto, pero la presencia de Dios será suficiente. La sacudida continuará, pero la gracia de Dios nos sostendrá. El mundo seguirá su curso, pero la Iglesia debe seguir el suyo: ser columna de verdad, testigo del Reino, luz en la oscuridad, y voz profética en el desierto.

Ahora es el tiempo de actuar. No podemos postergar la decisión de vivir con fe firme, con determinación y obediencia radical. No podemos delegar a otros el llamado que nos ha sido dado a nosotros. Cada creyente, cada líder, cada iglesia local debe posicionarse en su lugar, redescubrir su asignación y avanzar en fidelidad, aunque todo a su alrededor parezca derrumbarse.

Y no lo haremos con nuestras fuerzas. El Espíritu Santo sigue siendo el compañero inseparable del pueblo de Dios. Él guía, consuela, corrige, levanta, capacita y prepara a la Esposa del Cordero para el gran día. No estamos solos. No caminamos a ciegas. Tenemos Su Presencia. Tenemos Su Palabra. Y tenemos Su promesa.

Confiemos con todo el corazón. Levantémonos con autoridad. Afirmémonos en la roca inconmovible. Porque, aunque los tiempos sean de tormenta, nuestro Dios sigue siendo refugio, fortaleza y torre inexpugnable.

Recordemos que la victoria final no está en la mano del hombre, ni en los ejércitos de la tierra, sino en el Cordero que fue inmolado y que vive para siempre. Él ya ha conquistado la muerte, el pecado y toda potestad de las tinieblas. Su regreso será glorioso y definitivo, y entonces toda lágrima será enjugada, toda injusticia rectificada, y la paz eterna será establecida.

Por eso, sigamos adelante sin desfallecer. Que cada paso que demos sea un testimonio vivo del Reino, una proclamación del Evangelio, un acto de amor y un sacrificio de adoración. Que la Iglesia sea, en medio de la tormenta, la luz que nunca se apaga, el refugio seguro para los atribulados y la voz firme que proclama: "¡Ven, Señor Jesús!"

La historia se está escribiendo, y los hechos son tan dinámicos que en pocos días habrá nuevos datos que agregar a un libro como este. Sin embargo, estoy persuadido que este material será un recordatorio, una base y un impulso, una semilla que fructifique en cada corazón dispuesto a vivir en santidad, en fervor y en obediencia.

Por último, tomemos consciencia que en el cielo, también figura la historia humana, pero está escrita en el eterno presente y es claro que la tierra, no terminará en la tormenta, sino en la gloria.

Oración Final:

En estos tiempos de tormenta, cuando las naciones se agitan y el mundo tambalea, volvemos nuestros ojos a Ti, nuestro refugio seguro y roca inconmovible. Reconocemos que sin Tu guía, sin Tu Espíritu, y sin Tu Palabra viva, estaríamos perdidos en medio del caos. Pero hoy, afirmamos con fe que no estamos solos. Tu presencia va delante de nosotros, como columna de nube de día y fuego de noche…

Te pedimos, Señor, que despiertes a Tu Iglesia. Que levantes un pueblo santo, sabio y valiente, que no tema el conflicto ni la oscuridad, sino que brille con la luz de Cristo en medio de la noche. Perdónanos por la distracción, por la tibieza, por la comodidad espiritual. Corrige nuestros caminos. Purifica nuestras motivaciones. Restaura nuestro amor por Ti…

Danos discernimiento en medio de la confusión, firmeza en medio de la presión, y pasión por Tu Reino en medio de la apatía generalizada. Que cada creyente que lea este libro sea tocado por Tu Espíritu y se convierta en un portador de esperanza, en un embajador del Reino, en un testigo fiel del Evangelio de Jesucristo…

Señor Jesús, ven. Ven a reinar en Tu Iglesia. Ven a ordenar nuestras vidas. Ven a traer fuego que consuma lo que es impuro, y gloria que nos transforme. Pero mientras esperamos, ayúdanos a velar, a trabajar, a proclamar, a vivir con los ojos puestos en lo eterno y el corazón rendido a Tu voluntad…

Y Espíritu Santo, guía cada paso de este tiempo final. Sé nuestro consuelo, nuestro poder, nuestro Maestro. Que cada

palabra sembrada en este libro dé fruto, y que muchos se levanten con renovado fervor, entendiendo que han sido puestos en esta generación no para temer, sino para conquistar en Tu nombre…

Bendigo a cada lector en el nombre de Jesús. Que el Dios de paz los santifique por completo, y que su espíritu, alma y cuerpo sean guardados irreprensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.
Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.
Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto…”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”

Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolleda

El Pastor y maestro Osvaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

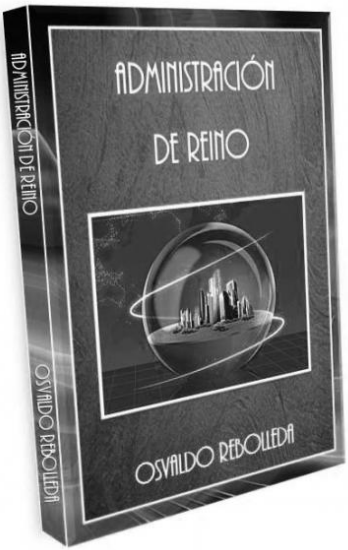
El maestro Osvaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.

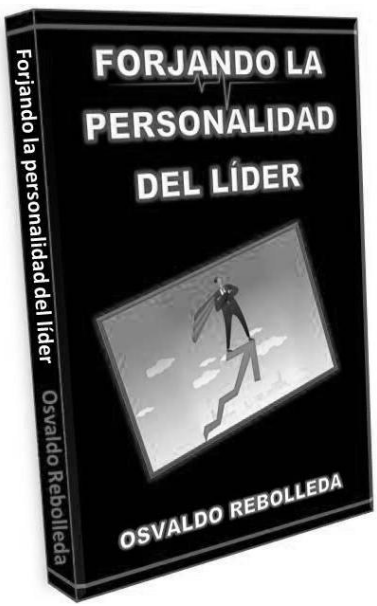
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

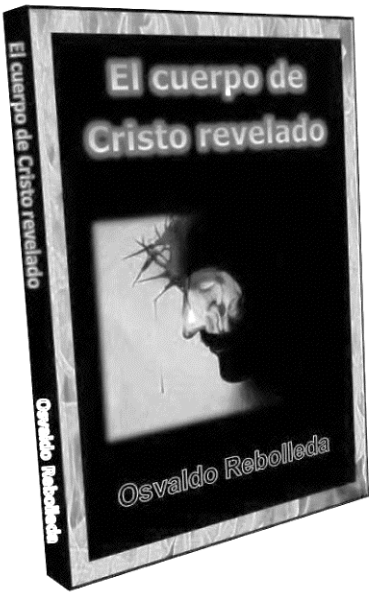
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

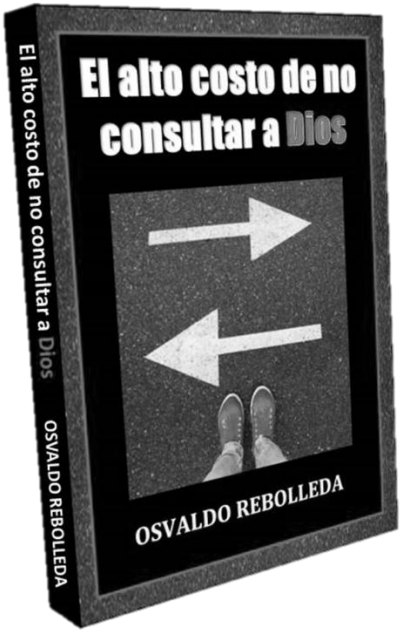


www.osvaldorebolleda.com

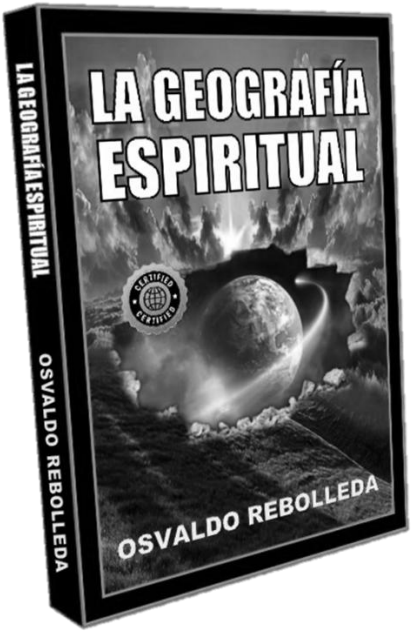


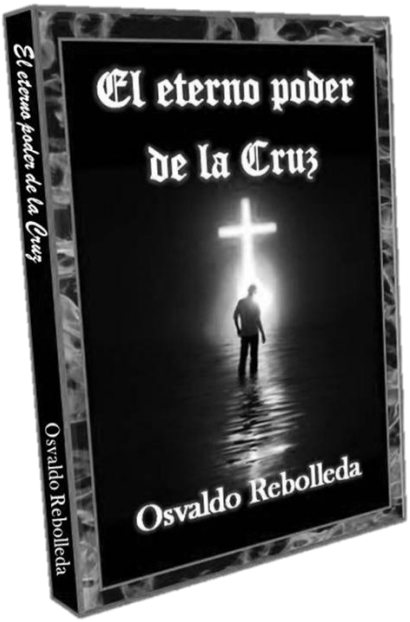


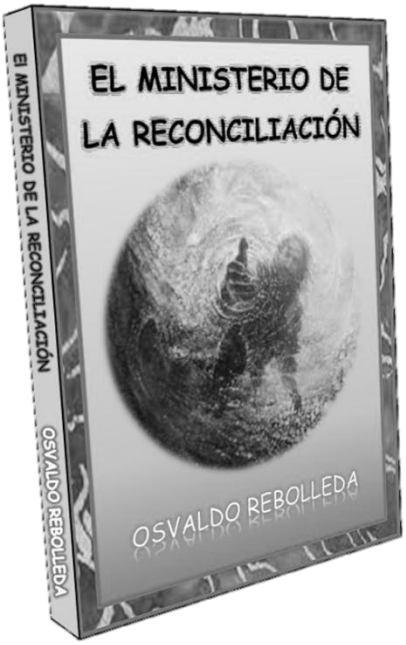
www.osvaldorebolleda.com

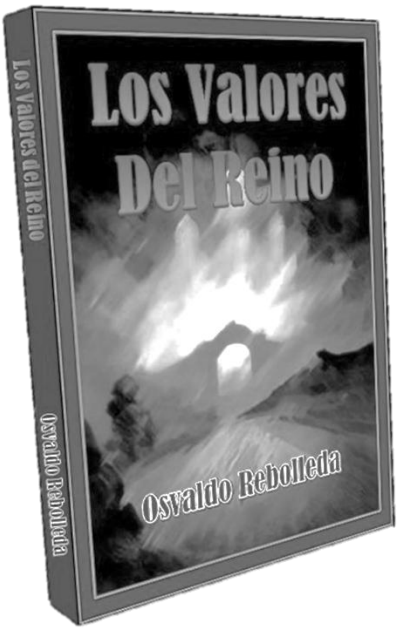
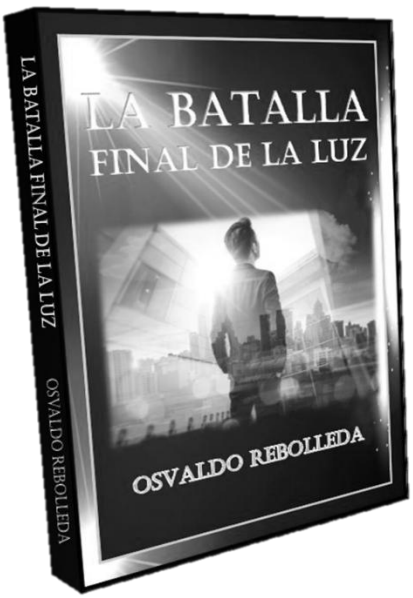


www.osvaldorebolleda.com









www.osvaldorebolleda.com